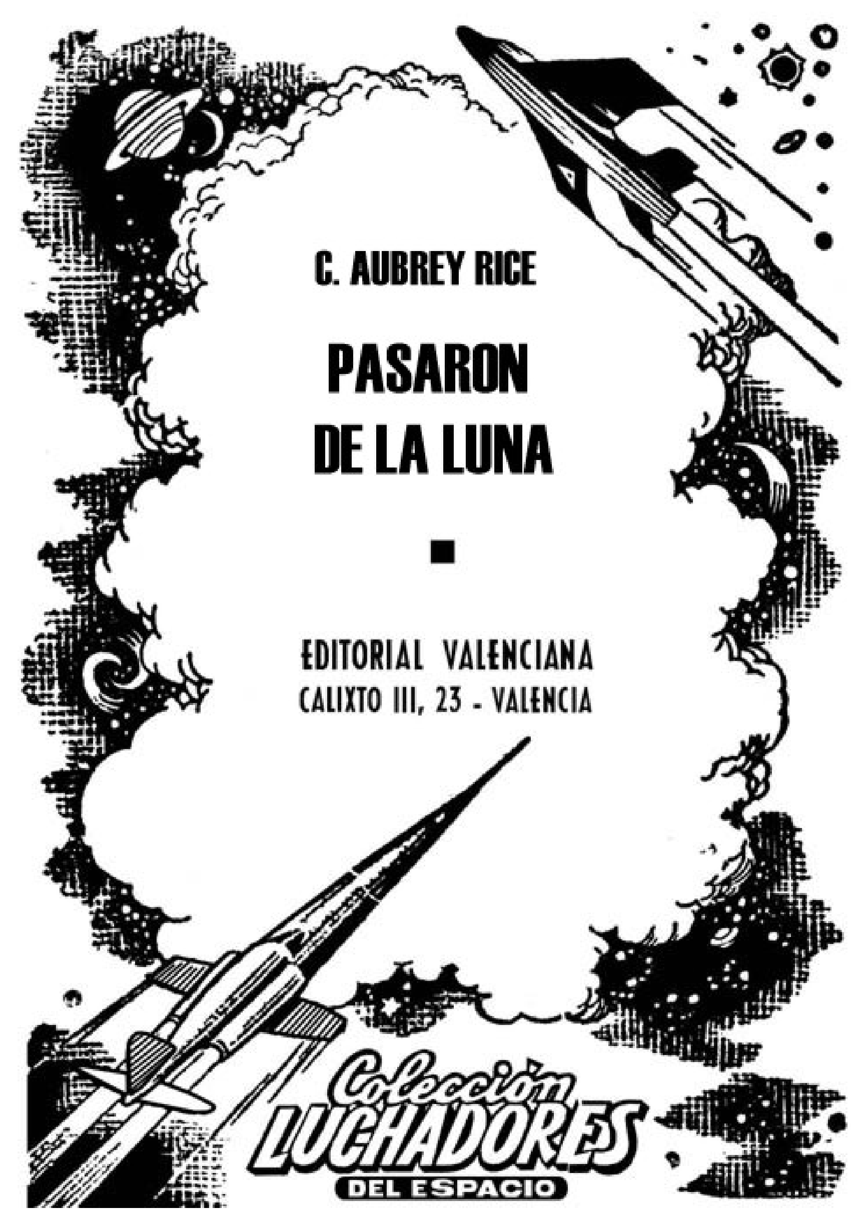

PASARON de la LUNA
G. AUBREY RICE.
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
López Luis



PRINTED IN SPAIN

TIP ARTÍSTICA - VALENCIA



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

«ROBETSON TRUST SHOE»[1]

P

or la asfaltada carretera que parte en dos el reseco terreno del Desierto Pintado, en los aledaños del Estado de Arizona, un camión de gran tonelaje, con los faros encendidos, rodaba a toda velocidad.

Horadando incansable la oscuridad de la noche, era como un gigante, como un mastodonte, más aún, como un antediluviano monstruo ruidoso y devorador de kilómetros.

A la suave luz que brillaba en la cabina del potente vehículo, cuya carga iba concienzudamente tapada con una lona, con las mandíbulas apretadas, los ojos fijos en la ruta y echado sobre el volante, se veía un hombre absorto por completo.

Era un individuo joven, recio, hercúleo casi, de anchos hombros, rubia cabellera y rostro de innegable belleza varonil. Sus inmóviles facciones, contraídas por la tensión nerviosa que le producía tan alocado modo de conducir, le hacían semejar una modernísima versión de algún ángel del vértigo esculpido en bronce.

En efecto, de no haber sido por el lento y constante movimiento que imprimía a sus manazas, cerradas en el volante con una fuerza que le había puesto desde mucho antes los nudillos blancos, por estatua podría habérsele tomado.

De pronto, al iniciar una curva apenas pronunciada, de las tinieblas de la cuneta de la solitaria carretera pareció brotar de la nada un policía de tráfico, el cual, lanzándose con su motocicleta como una centella detrás del camión, acabó por ponerse a su altura, al alcanzarlo en plena marcha, y adelantarlo después.

Siguió el motorista delante del camión un gran trecho y, cuando lo juzgó oportuno, con insuperable habilidad, detuvo bruscamente su artefacto y se volvió con la diestra levantada.

Chirriaron los frenos del pesado vehículo y, no sin haber rebasado al motorista, que, prudente, se apartó a un lado, se detuvo en mitad de la carretera.

—Buenas noches —saludó al chofer el policía de tráfico, llevándose al hablar la mano al casco con que se cubría la cabeza. E inquirió seguidamente—: ¿Su nombre?

El del camión hizo un ostensible gesto de fastidio.

—Daywort. Phil Daywort —contestó de mala gana.

—Pues lo siento por usted —repuso el motorista, enchufándole a la cara el chorro de luz de una linterna—. Además de ponerle la correspondiente multa por exceso de velocidad, tengo que ordenarle volver para atrás. Por aquí no puede circular. Deme su documentación.

Daywort, deslumbrado, sacó la cabeza por la ventanilla, no obstante, moviendo un brazo como si la luz fuera humo y quisiera apartarlo.

—¡Oiga, amigo! —gruñó con los ojos casi cerrados—, ¡quite de una vez esa maldita linterna! —Y antes de que el aludido le hubiese complacido, agregó con aplomo—: ¿No sabe con quién está hablando? Yo tengo autorización para circular por aquí y, además a la velocidad que se me antoje. Ya ha visto que estaba tratando de sacar al camión todo el partido posible. Si no llego a tiempo, usted será el responsable.

El motorista le enchufó otra vez con la linterna.

—Déjese de monsergas y deme ya su documentación. No hay más que una persona que pueda circular por aquí, y esa persona no es usted.

Phil Daywort sonrió con los ojos cerrados.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó.

—Porque se llama usted Daywort —repuso el policía.

—No sé yo que eso pueda tener importancia.

—¡La tenga o no, usted...!

El joven, sin dejar de sonreír, alargándole un papel por la ventanilla, le interrumpió:

—Veamos si esto le calma.

—¡Ah, ah, ah...! —exclamó el motorista no bien hubo pasado la vista por el documento—. Así cambia la cosa.

Dirigió el haz de luz al costado del camión, en cuya lona, con letras mayúsculas amarillas se leía:

«ROBETSON TRUST SHOE»

ELKO (NEVADA)

—¿Por qué me ha dicho que se llama Daywort? —le dijo al conductor.

—¡Toma...! —respondió éste—. ¡Porque me llamo Daywort de veras!

El motorista, teniendo buen cuidado de que la luz de la linterna no molestase al joven, al devolverle el papel, le dijo con paternal acento:

—Si tiene interés en llegar a su destino sin tropiezos, no haga tonterías. ¡Mientras esté cumpliendo esta misión, usted es para todo el mundo mister «Robetson Trust Shoe». Él y sólo él, téngalo muy presente, puede circular hoy por aquí.

Phil Daywort ahogó en un bostezo el malhumor que sentía.

—No le entiendo gran cosa —murmuró; luego, encogiéndose de hombros—: Parece como si quisiera darme a entender que la compañía donde trabajo tiene nombre y apellidos de persona.

El policía de tráfico asintió.

—Efectivamente. Eso es, ni más ni menos, lo que quiero que entienda. Y no se asombre que su entidad, al fin y al cabo, aún tiene cierta semejanza con un nombre propio, pero lo que es la de ayer...

Soltó una carcajada, y prosiguió:

—Imagínese que tenía permiso para circular por esta carretera mister «*Oil Manufacturer Company*»[2].

Daywort se le quedó mirando perplejo.

—¿Por qué motivo hacen eso?

—Por uno muy sencillo —explicó el motorista—. Los permisos de libre circulación por una zona prohibida, hay que extenderlos a nombre de un mister; y, claro, como estos casos especialísimos no están previstos, que no todos los días se preparan expediciones extraterrestres, resulta que no hay más remedio que aprovechar los

talonarios en existencia, cuyas hojas, igual que la que usted me ha mostrado, comienzan: «Permítase el paso y libre circulación a Mr...»

Phil Daywort no replicó. Sabía que el policía de tráfico llevaba razón. Él, como Phil Daywort, no contaba en aquella empresa. No tenía categoría suficiente para que el Gobierno le autorizase de manera especial a transitar por aquella región del Desierto Pintado.

El permiso, pues, no iba a su nombre, sino al de la entidad de calzados donde prestaba sus servicios. «Robetson Trust Shoe» sí tenía derecho a atravesar los círculos de vigilancia que las autoridades ejercían alrededor del emplazamiento de las dos astronaves que se estaban avituallando antes de hacerse al espacio. Porque «Robetson Trust Shoe», abandonando cientos de pedidos de todos los países del Globo; se había dedicado en cuerpo y alma a la fabricación de los singulares zapatos que deberían usar los científicos que integraban la inminente expedición extraterrestre; y no solamente del calzado, sino que también, igualmente a base de los acreditados materiales «Robetson» -amianto y goma súper-recauchutada- a la meticulosa elaboración de las ropas que habrían de aislar del exterior a los susodichos hombres de ciencia.

Mientras Daywort se hallaba sumido en estas reflexiones, el motorista, atribuyendo su silencio a falta de comprensión, remachó:

—Hasta que salga de aquí, usted ha perdido, por así decirlo, su personalidad. Ya no es Phil Daywort. Mal que le pese, para efectos oficiales, es Robetson Trust Shoe.

—¡All right! —suspiró, resignado, el joven—. Me llamaré Trust Shoe, o mejor *Trustshoe,* que me parece más bonito. Gracias.

—No hay de qué, no hay de qué... Tengo el deber de procurar que el cargamento que lleva llegue a las astronaves lo antes posible.

Daywort, que había puesto el motor del camión en marcha, sacó la mano por la ventanilla.

—Gracias de todas maneras —se despidió—. Voy con cuatro minutos de retraso y no puedo detenerme más. Adiós.

Y arrancó como una exhalación.

Aún estaba el motorista haciendo un silencioso saludo con la diestra puesta en el casco, cuando las luces de posición de la trasera del gigantesco vehículo se perdieron en una revuelta de la tenebrosa carretera.

—¡Qué lástima de multa desperdiciada! —musitó el agente de la ley—. ¡Pero todavía te tienen que cortar las alas unas cuantitas veces antes de que llegues a «Base Neptune», mister Trustshoe!

* * *

Una flecha blanca, en la que había dos palabras «Base Neptune», hizo que Phil Daywort dejase la asfaltada ruta que seguía y tomase por un camino de mala muerte que le salió al paso por la derecha.

Embalado como iba, el camión saltó en las ballestas al meterse tan de súbito en aquella especie de montaña rusa que el maltratado suelo formaba, mas no pudo apartarse un ápice de su nuevo rumbo, que Daywort demostró tener los puños a prueba de baches y lo sujetó.

Maldiciendo del pavimento y apretando las mandíbulas hasta convertir sus labios en una simple línea, el rubio muchacho aguantó las irregularidades del terreno sin disminuir la velocidad.

Era una velocidad suicida. Había que ser muy experto para conservarla en plena noche, sin más guía que la luz de los faros, y había que tener, amén de una serenidad portentosa, una confianza en sí mismo poco menos que ilimitada.

De improviso, surgiendo como antes hemos visto de la cuneta, otro motorista persiguió al camión y, cuando lo hubo adelantado, obligó a Daywort a detenerlo otra vez.

—¡¿Qué pasa ahora?! —gritó el joven, sacando malhumorado la cabeza por la ventanilla—. ¿Es que se han propuesto hacerme la vida imposible? ¡Es la quinta vez que me paran!

—No se sulfure, amigo —le dijo el hombre de la motocicleta, que ya estaba junto a él, enchufándole a los ojos la consabida linterna —. Es pura fórmula. ¿Su nombre?

—¡Véalo en el costado del camión!

El policía le apartó un segundo la luz de la cara y miró el rótulo de la lona.

—No me basta —tornó a bañarle con la cegadora claridad de la linterna—. Puede tratarse de un truco.

—¡Ya está como todos! —chilló Phil Daywort, refiriéndose a los motoristas que le habían ido sucesivamente parando—. ¡Me llamo Trustshoe, Robetson Trustshoe! ¡Qué manías...!

Se tapó la cara con las manos para que le molestase menos la luz, y seguramente habría seguido hablando si no le hubiese cortado el policía de tráfico, quien, quitándole la linterna de los ojos, le mandó secamente:

—Enséñeme el salvoconducto.

—¡Téngalo!

El de la moto cogió el papel que Daywort le entregaba, y se mostró conforme enseguida.

—De acuerdo —rezongó—. Por suerte para usted, el nombre que me ha dicho coincide con el mister que aquí consta. Siga adelante y dispense. Ya comprenderá que hay que asegurarse. A estas alturas, una pifia tendría lamentables consecuencias.

Phil Daywort, harto, le dejó con la palabra en la boca. Se le había puesto un humor de perros y no tenía ganas más que de entregar el cargamento a la hora prevista y de que le dejaran en paz. Pisó el acelerador, pues, y salió pitando sin caer en la cuenta de que el motorista no le había devuelto el dichoso salvoconducto.

El ulular de una sirena le hizo parar mientes en el detalle y, bien a su pesar, echó el freno por sexta vez.

—No sea tan distraído —le amonestó el policía—. Si pierde este papel se va a ver en un lío cuando llegue a la verja, ¿no lo comprende?

El joven no contestó. Se limitó a hacerse cargo del salvoconducto y a asentir con la cabeza. No tenía ni idea de a qué verja se refería el del tráfico, porque él era la primera vez que iba a «Base Neptune», pero prefirió suponer que sería la que debía haber cercando las aeronaves o, quizá, los edificios que sus constructores hubieran levantado al final del infernal camino aquel.

—Su material es el único que falta —le aseguró el motorista—. Dese prisa, que los técnicos están deseando revisarlo para poderse ir a descansar. La salida está prevista para las seis de la mañana, y son ya las...

—¡Adiós! —gritó Phil Daywort al ver en el reloj de la cabina que eran las tres menos cinco minutos. Y añadió arrancando—: Tengo que estar en «Base Neptune» a las tres en punto.

Naturalmente, el policía de tráfico, que no se esperaba tan precipitada partida, quedó perplejo consultando su reloj de pulsera envuelto en humo y polvo.

Daywort, ajeno a todo lo que no fuese conducir desenfrenadamente, no se daba cuenta de nada de lo que le rodeaba, aunque, a decir verdad, aun a la luz del día, poco de bueno podía haber observado en aquella comarca desértica y árida, en la que lo único que había era arena y algún que otro cacto desperdigado salpicando el monótono paisaje con su extraña apariencia de manos que surgieran del suelo.

A derecha y a izquierda de la cabina -la oscuridad de la noche sólo se rompía ante los faros del camión- el negro nocturno era como una maciza mancha que amenazaba con introducirse por las ventanillas del vehículo del «Robetson Trust Shoe».

Un par de minutos después, la atención de Phil Daywort fue

atraída por una luz roja que brillaba delante de él, a la izquierda del desnivelado camino. ¡Era «Base Neptune», el ansiado final del recorrido!

Con el afán de estar a la hora en punto en la Base, el joven pisó a fondo el acelerador del camión, con lo que éste dio un salto tremendo; y luego, cuando cayó nuevamente al suelo, rebotando, continuó saltando como si se hubiera desbocado.

Daywort era un excelente conductor, mas todo tiene un límite en este mundo, en aquella ocasión no midió correctamente sus posibilidades de éxito.

Sin que pudiera evitarlo de ninguna manera, que ni el apretar las mandíbulas ni sus extraordinarias fuerzas musculares le sirvieron de gran cosa, antes de que se percatara de lo que hacía, se encontró embistiendo una verja de hierro y llevándosela por delante enganchada en los faros, los cuales, después del inopinado accidente, se apagaron.

—A lo hecho, pecho —murmuró al frenar en seco una docena de metros más allá.

Y se bajó tranquilamente del camión.

A la luz de la cabina vio que tres hombres armados corrían hacia él gritando a más y mejor. Al llegar, mientras dos de ellos le encañonaban con sendas metralletas, el otro, enfocándole con una linterna, le agarró por un brazo y le zarandeó de no muy buenos modos.

Daywort no se inmutó. Por toda resistencia, le espetó al que le sujetaba:

—¡Robetson Trustshoe! —Y siguió, poniéndole delante de las narices el salvoconducto y un sobre cerrado—: ¡Empápese de esto! ¡¿Es que no son las tres de la madrugada?!

En efecto, eran las tres en punto. Lo confirmó un reloj de pared que dejó oír en aquel preciso instante tres melodiosas campanadas, que salieron tímidas de una construcción de ladrillos que se alzaba al lado de donde antes estuviera la verja que servía de entrada a «Base Neptune», y nadie puso ningún pero.

El individuo que tenía cogido a Phil Daywort, así que hubo mirado el salvoconducto, soltándole, explicó en voz baja a los demás:

—Debe ser el material que faltaba.

Y procedió a abrir el sobre.

—¡Aja! —dijo enseguida—. Son los aisladores y el calzado. Enhorabuena —le dio a Daywort una palmadita en la espalda—. Ha hecho usted el viaje desde Elko en un tiempo de Olimpiada.

Sin más, avanzó unos pasos y gritó imperiosamente, apagando la linterna detrás del muchacho:

—¡Cubran la verja y vayan a descargar! ¡Cuidado con los coyotes!

En el acto, sin que Phil Daywort supiese por dónde, surgieron muchos hombres de la oscuridad, los cuales, subidos la mayoría en los estribos del camión, lo pusieron en marcha y se lo llevaron de allí, mientras otros, haciendo rodar por el suelo un enorme carrete de alambre espinoso, se acercaron al hueco de la puerta.

—Venga con nosotros —le ordenó entonces a Daywort el que llevaba la voz cantante.

Y el joven, escoltado por los de las metralletas, echó a andar hacia lo que debía ser el cuerpo de guardia de «Base Neptune».

CAPÍTULO II

MISTER SHARE TIENE UNA IDEA

Q

ué sucedía, Alfred? —preguntó un viejecito con pinta de intelectual, que estaba sentado ante una mesa llena de papeles y planos, en el interior de la construcción de ladrillos—. ¿Los coyotes otra vez?

—No —repuso el aludido, que era el de costumbre—. El camión de los equipos. El chofer ha chocado con la puerta de hierro y la ha arrancado de cuajo.

—Bueno —se encogió de hombros el anciano—, total, para el tiempo que iba a estar ya. Que pase el conductor —añadió sin levantar la vista siquiera— y que tome café.

—Ha venido con nosotros, mister Share —terció otro de los hombres que acompañaban a Daywort.

—Bien, bien —dijo mister Share sin dignarse mirarle, ordenando sus papeles sin cesar—. Que se siente por ahí.

Y Phil Daywort, sin decir esta boca es mía, se sentó en la silla que le indicaron y se puso a mirar al viejecito con los ojos muy abiertos.

Mister Share, que proseguía imperturbable su trabajo, complicadísimo al parecer, como si la mirada del joven le hiciese cosquillas, levantó de improviso la cabeza y se le quedó mirando también.

—¡Por vida de un paralelepípedo! —saltó del sillón giratorio donde se sentaba—. ¡Miren quién es Robetson Trust Shoe!

Daywort, sonriente, poniéndose en pie al mismo tiempo que mister Share, avanzando hacia él con los brazos abiertos, exclamó:

—¡¿Pero qué demonios hace usted aquí?! ¿No estaba en el *«Astronomical Observatory»,* de Alburquerque?

—¡Estaba, estaba! —explicó alborozado el viejito, abrazando cariñosamente al muchacho—. ¡Ya hace tiempo de eso! Del *«Astronomical»* pasé al Instituto Astronáutico Experimental Thomson, y de allí —dejó de abrazarle y se quedó muy serio—, como teníamos que construir las astronaves, fui especialmente recomendado al profesor Tankard y vine a «Base Neptune», donde me encuentro desde hace seis meses trabajando de firme. ¡Qué ajetreo, querido, no te puedes imaginar!

Se pasó la mano por la cana cabellera, y continuó, sin dejar meter baza ni a Daywort ni al llamado Alfred, que intentaba decirle al joven que le habían servido una taza dé café y se le iba a enfriar:

—¡Qué cantidad de detalles hay que tener presentes en estas expediciones! ¡Por vida de un pinacoide básico...! Ya nos lo imaginábamos, ya, desde luego, que no nos estamos chupando el dedo, pero la realidad ha superado nuestros cálculos. Que si la diferencia de presión, que si los generadores de aire, que si la energía propulsora, que si las cámaras aisladas... ¡qué sé yo! ¡Claro, como es la primera vez que el hombre emprende en serio la conquista del espacio! En las próximas expediciones, porque organizaremos más, ya lo verás, será coser y cantar. Y dentro de pocos años, un verdadero juego de niños. Sin embargo ahora —hizo un gesto de inmenso cansancio—, ¡huy, ahora...! En fin —suspiró pasándose de nuevo la mano por el pelo—, ya está todo a punto y es inútil lamentarse. Además, como muy bien dice el profesor Tankard, es el jefe ¿sabes?, nos cabe el honor de desbrozar las azules sendas del Cosmos y... Porque es que —entornó los ojos para hacer la confidencia—, para que lo- entiendas, ahora nos encontramos como tú, por ejemplo, cuando vas con el camión por esas carreteras y no sabes cuántos baches te vas a encontrar. Conocemos los caminos en líneas generales, mas...

Se quedó pensativo, como si estuviera eligiendo las palabras en el techo, donde miraba con gran interés, y Alfred aprovechó la oportunidad para comenzar a decir:

—El café...

—Departamento 17 —repuso, instantáneamente mister Share, clavando con evidente extrañeza los ojos en el que había hablado—. Yo mismo lo puse, pero no sé qué tendrá que ver eso con lo que le estaba explicando a mi amigo.

—No me refiero al café de las astronaves —contestó Alfred—, sino a la taza de café que su amigo tiene preparada y que se le está enfriando.

—¡Ah, sí! —dijo entre dientes mister Share—. El café.

Y llegándose a la mesita donde habían puesto la taza, junto a la mesa de los papeles y los planos, llamó a Daywort.

—Ven, querido Phil —declaró con una gravedad algo ridícula—, y perdona mi lamentable olvido. Cuando me pongo a hablar de estas absorbentes cuestiones, me abstraigo y me sumo en lo que el profesor Tankard, ¿te he dicho ya que es el jefe? llama catalepsia científica.

Phil Daywort no se hizo de rogar. De dos zancadas se plantó donde estaba la taza de café y empezó a tomársela.

—Muchachos —mandó Alfred a los dos hombres que tenían las metralletas—, salid a hacer la ronda por el sector Sur.

—¿Tenemos que llegar también ahora hasta el vértice? —quiso saber uno de ellos—. Los coyotes se han callado.

—Naturalmente —afirmó Alfred—. No vamos a confiarnos a última hora.

—¡Ni que fueran dos pulgas las astronaves! —replicó el otro hombre—. Cualquiera diría que temen que entre un coyote y se las lleve en el rabo.

Y ambos, sin ocultar su desgana, salieron a cumplir lo que les habían ordenado.

Alfred sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Quiere uno, Trust Shoe? —ofreció a Daywort.

—Muchas gracias —rechazó éste—. No fumo.

—¡Por vida de la ecuación de los gases perfectos! —intervino mister Share, revolviéndose furiosamente los cabellos con las manos—. ¡No fuma! ¡Es verdad que no fuma! ¡Y pensar que el profesor Tankard se vio negro para encontrar hombres que no fumaran! Los fumadores, él lo dice muy a menudo, tienen cerradas las puertas del espacio. Sus pulmones no resistirían los altibajos de la presión.

—¡Bah! —refutó Alfred, fumando tranquilamente—. Tonterías.

—¿Quieres más café? —invitó el viejecito a Phil Daywort, al verle depositar la taza en el plato.

—No. Está demasiado cargado. Creo que con esta taza tengo suficiente para no poder pegar un ojo en las próximas diez horas.

—Como gustes —le sonrió mister Share—: Siéntate mientras acabo de ordenar estos pla...

Se interrumpió, elevó las cejas y se agarró la barbilla con la mano izquierda.

—¡Por vida de un protón! —siguió—. ¡Qué idea se me acaba de ocurrir! Ya haré luego lo de los planos. Te voy a enseñar las maravillosas máquinas voladoras que hemos construido en «Base Neptune», querido Phil. Es decir, te mostraré una. Pero será como si hubieses visto las dos: Son idénticas.

Asió amigablemente a Alfred del brazo, se lo llevó a un rincón de la casita de ladrillos, cuya única ventana estaba cerrada a piedra y lodo para que la iluminación que en ella había no se viese desde el exterior, y le dijo muy quedo, aunque no tanto como para que Daywort no lo oyese:

—Respondo por él, Alfred. Es mi amigo. Le conozco desde siempre. Su padre y yo somos uña y carne. El profesor está con los de la Prensa.

Alfred meneó la cabeza y habló algo que el joven conductor del

«Robetson Trust Shoe» no entendió. Y mister Share, después, en voz muy baja también, tratando a todas luces de disipar las sospechas que Alfred pudiese abrigar, hizo uso de la palabra durante más de dos minutos.

Y debió acabar por vencer la resistencia de Alfred, porque enseguida, tras haber sellado el pacto con un apretón de manos, se volvió al muchacho rubio y, medio rogándole, medio ordenándole, le dijo:

—Vámonos.

Phil Daywort, que de lo único que tenía ganas era de que le devolvieran el camión para emprender el regreso a Elko, procuró disuadirle suavemente.

—No se vaya a buscar un compromiso por mi causa...

—¡Por vida de una epicicloide! —se puso hecho una furia mister Share—. ¡Nada de compromisos, querido Phil! ¡Estaría bueno que yo no pudiese enseñar a mis amigos las astronaves!

Cogió una linterna que tenía encima de la mesa, entre los planos y los papeles, y caminó hacia la puerta.

Daywort, resignado, despidiéndose de Alfred, le siguió.

Salieron rápidamente. En el cielo no había ni una estrella visible. Cuando Alfred cerró la puerta a sus espaldas, la oscuridad se hizo tan densa como a la llegada del camión y el anciano encendió la linterna.

—Marcha con cuidado —le dijo este último al joven. Y enfático, al echar a andar, agregó—: Yo, como comprenderás, podría ir por la puerta principal; ¡pero como vienes tú, y no quiero perder tiempo con explicaciones...!

Dando por sentado que Daywort le había comprendido, se calló y continuó dedicándose a alumbrar el terroso suelo.

—Voy a apagar la linterna —avisó poco después, con un susurro que apenas fue audible.

Y uniendo la acción a la palabra, quitó la luz, con lo que las tinieblas parecieron aumentar.

Mister Share, conocedor del terreno que pisaba, iba tan deprisa que Phil Daywort, que se veía y se deseaba para seguirle, tropezó con una piedra sin querer.

—¡Pchsss...! —chistó el viejecito para recomendarle precaución —. No hagas ruido, hombre, que ya estamos llegando.

Daywort, que no tenía ni noción de dónde estaban llegando, porque nada distinguía, redobló el cuidado que ya ponía en evitar cualquier tropezón.

De pronto, más negro aún que la noche misma, el joven vio

recortarse la silueta de algo que le pareció un circo o una monumental tienda de campaña cónica.

—Ahí lo tienes —susurró mister Share, deteniéndose y obligándole a imitarle—. Ése es el cobertizo número uno, Como aquí ya habrán descargado tu camión y ahora estarán todos en el cobertizo número dos, podremos visitarlo sin que nadie nos interrumpa. Abre bien los ojos, que lo que vas a presenciar bien puede calificarse de único. Después de que lo hayas admirado, ríete ya de las maravillas del mundo. ¡Pero por vida de la velocidad debida a una altura, querido Phil, cómo nos ha costado, si vieras!

Tras esta especie de preparación, mister Share se acercó a paso de lobo a aquello que a Daywort le había dado la impresión de ser una tienda de campaña.

Lo era, efectivamente, y sus vientos estaban, profundamente empotrados en unos pilotes de hormigón armado que sobresalían de trecho en trecho en la arena.

—Toca esto —le dijo mister Share al muchacho, poniéndole una mano en la lona de la enorme tienda—. Es una sustancia semejante al plástico, pero irrompible, incombustible y de una dureza extraordinaria. Tan resistente es, fíjate —añadió orgulloso—, que si una locomotora a todo vapor chocase contra ella no lograría romperla. ¿Qué digo, romperla? Ni siquiera dejar señal del encontronazo. No obstante, al tacto, parece tela de seda vulgar.

Levantó un trozo, y prosiguió:

—Anda, entra, que estás a un paso de la maravilla de las maravillas.

Phil Daywort pasó al lado de allá y, aunque no vio nada, porque estaba sumido en la más completa oscuridad, sintió en la cara una oleada de calor.

—Aguarda a que encienda la linterna, querido Phil. ¡Por vida del bióxido de carbono...! ¡Me juego mil dólares a que te desmayas del susto!

Daywort, esperando la luz de un instante a otro, se quedó parado donde estaba. Pero la luz se retrasaba y, como oyera al viejecito decir muchas veces «por vida de tal y por vida de cual», se decidió a inquirir lo que sucedía.

—¡La maldita tela! —repuso mister Share—. ¡Han debido aflojar los vientos, porque, como sabes, la salida es a las seis, y ahora no consigo dejarla como estaba! ¡Por vida de la ley de gravitación universal!

—¿Quiere que le ayude?

—No... Creo que no... ¡Ya está! ¡Uf, por poco no lo consigo!

Hubiera sido una lástima, porque se hubiera visto el resplandor de la luz desde fuera y no habría podido tener la linterna encendida más que un par de segundos.

Phil Daywort, esperando impaciente a que su locuaz amigo tuviese a bien dejarle ver la astronave que había en el interior de la tienda de campaña, pestañeaba.

Pero mister Share, antes de encender la linterna, aún le preguntó, como si temiera que se desmayase de veras:

—¿Estás preparado para la emoción?

—¡Claro!

—Pues... ¡a la una, a las dos y a las tres!

El chorro luminoso de la linterna fue a posarse en un gran artefacto, de forma de tronco de cono aplastado, pintado de verde botella y con unas letras amarillas alrededor.

Como es natural, Daywort no pudo leer más que dos o tres de ellas; mas allí estaba su cicerone para ponerle al corriente de lo que decían sin necesidad de dar la vuelta a la astronave.

—«Misión Científica del Profesor Tankard. «Base Neptune». Desierto Pintado. Arizona. U. S. A.» ¿Eh, qué te parece? ¿Verdad que es colosal?

Phil Daywort se había quedado con la boca abierta y miraba a lo alto del aparato.

No necesitó mister Share que hablase para saber que estaba francamente admirado, conque prosiguió él con sus explicaciones:

—Ya ves todo lo grande que es —recorrió de acá para allá la lisa superficie de la nave para que el muchacho pudiera hacerse una idea de sus dimensiones—. Sin embargo una simple palanca basta para ponerla en movimiento. Ya te la enseñaré luego. Después todo es ya automático. Los reactores escalonados entran en acción unos tras otros, como los petardos de una traca, y todo el sistema de propulsión va funcionando a su debido tiempo. ¿Ves estos orificios elípticos? Son los tubos de escape de los reactores.

—¡Parece mentira, parece mentira...! —murmuraba Daywort sin salir de su asombro—. Si lo veo ahí, lo tomo por un platillo volante. ¿Cómo es que se les ha ocurrido darle esta forma?

—¡Por vida de la cohesión molecular! ¡Vaya una pregunta! ¡Porque pensamos con la cabeza, querido Phil! ¿Qué forma tienen los artefactos que vienen de otros planetas?

No dio tiempo a que el joven le contestara. Antes de que pudiera abrir siquiera la boca para hacerlo, ya estaba él dándose respuesta:

—De platillo, querido, de platillo. Por eso hemos diseñado nosotros nuestros aparatos así. Como dice el profesor Tankard, el

jefe, ya sabes, si los que vienen de allende el vacío han adoptado ese modelo por algo será.

Daywort no pudo por menos que preguntar:

—¿Es que el profesor Tankard ha tenido ocasión de ver algún platillo volante?

Mister Share soltó una risita nerviosa y comenzó a rodear la base del aparato.

—No, Phil, no. Ni el profesor ni yo hemos tenido esa suerte. Pero y tú, ¿los has visto por casualidad?

—Tampoco —se encogió de hombros Phil Daywort.

—¡Entonces, mequetrefe —saltó como una flecha el anciano—, ¿por qué has dicho antes que tomarías esta nave por un «platillo volante»?! ¿Ves cómo me das la razón? ¡Por vida de una integral indefinida! No hemos visto ninguno —se paró debajo de la letra T de «Desierto»—, pero sabemos, por lo mismo que tú, porque lo hemos oído mil veces, que son así. Y si descubriéramos una máquina voladora que tuviese forma circular y aplastada, diríamos sin vacilar: «¡Tate! Un platillo volante». Y no precisaríamos haber visto ninguno con anterioridad. Bastaría con que no se pareciese a un avión.

—Sí —convino Daywort—, está usted en lo cierto. Quienquiera que observe en lo alto un artefacto que dé vueltas y eso, inmediatamente piensa en un platillo volante.

—Claro, querido, claro. El vulgo intuye que son los vehículos del futuro. De ese futuro que, como dice el profesor Tankard, gracias a nosotros se ha convertido en presente.

Se puso de puntillas, intentando llegar con la mano a la parte superior de la T, y al no conseguirlo, le dijo al muchacho:

—Aprieta ese pulsador que hay ahí arriba. Es una cerradura automática ¿sabes? Vamos a entrar. Yo, sin los zapatos especiales de navegación, que tienen la suela muy gruesa, no alcanzo. No quiero que se me olvide enseñártelos. Son como coturnos, ya los verás.

Para la aventajada estatura de Phil Daywort, el pulsar el botoncito que le indicaba no constituyó problema alguno.

Mister Share, por su parte, sin dejar ni por asomo de hablar, al tiempo que se descorría en la abombada superficie de la astronave una a modo de puerta oval, envuelto en una fuerte claridad azulada que salió del interior, cogió de la mano al joven como para infundirle confianza.

—No temas —le animó innecesariamente, tirando con enérgica suavidad de él—. Es soberbio. No falta detalle. Está puesto a todo

lujo y, para colmo —le miró con las pupilas radiantes—, tenemos atmósfera artificial. Entra, entra enseguida.

Y entraron. Se encontraron en un estrecho pasillo circular, cuyo techo, abovedado, y las paredes, lisas de arriba a bajo, estaban pintados por completo de un azul indefinible y extraño, resplandor del cual era la claridad que habían visto desde el cobertizo número uno.

Daywort sintió en su rostro una ráfaga de viento, pero no le pareció raro, porque acababan de informarle de que allí había atmósfera artificial y él lo creía a pies juntillas; sin embargo, y de esto ya no tenía referencia, notó también que le embargaba una especie de inusitada tranquilidad, de infinita calma, que no tuvo más remedio que atribuir al hecho de que el amable y obsequioso amigo de su padre le tuviese agarrado de la mano como a un niño.

—Cierra —le mandó el anciano, soltándole y echando a andar pasillo adelante sin esperarle.

El joven, sin precipitación de ningún género, buscó a los lados del hueco por donde habían entrado, algo que le permitiera cerrarlo. Mas no solamente no había nada, sino que ni siquiera la puerta se veía. Perplejo, al no hallar más que las aristas de la oquedad, perfectamente terminadas, optó por llamar en su ayuda a mister Share.

—Por vida de la fuerza centrípeta —retrocedió éste trotando por el angosto corredor—. No me acordaba que no estás al corriente de estos secretos. Mira...

Pisó un rectangulito que había en el suelo, justo al lado de los pies de Phil Daywort, quien no lo había pisado por verdadera casualidad, y la ovalada puerta, cayendo de lo alto, se fue cerrando tan silenciosa y velozmente como antes se abriera.

Luego, al ver la cara que el muchacho había puesto, Mister Share, sonriendo al hablar, dijo seguidamente, arrastrándolo de allí:

—Son cosas que parecen increíbles, pero que pronto serán corrientísimas. Después de esta expedición publicaremos todos los descubrimientos que hemos hecho.

Caminaban por el corredor, en cuyas lisas paredes, igual a la derecha que a la izquierda, no se advertía vestigio de puerta alguna, e iban siempre alumbrados por la claridad que emanaba de la monótona pintura azul.

—No hay aquí nada que no sea singular —se detuvo el ancianito cincuenta pasos más allá, indicando la pared—. ¿Ves...? Es pintura de *rafufri,* querido Phil. Uno de nuestros más recientes descubrimientos. Con esta pintura no hará maldita la falta seguir

usando los anticuados medios de iluminación que conoces. Toca[1], toca —pasó él los dedos por la cóncava superficie que señalaba—. Aunque la pintura está dispuesta por varias manos de idéntico grosor, en conjunto, debido a la extraordinaria separación de los átomos que la integran, parece como si formara una sola capa arrugada y blanda.

Daywort comprobó por sí mismo la aparente rugosidad y blandura que al tacto tenía la lisa pared, y murmuró entre dientes:

—¡Qué cosas! Nunca lo hubiera creído. Tengo la impresión de estar tocando... tocando...

—Una esponja —le ayudó a encontrar la palabra el atentísimo mister Share—. Eso es lo que han dicho cuantos han visitado las astronaves: «Una esponja...» Después, como eran eminentes científicos, cayeron enseguida en la cuenta de que ha de ser necesariamente así.

Phil Daywort, aun a sabiendas de que corría el riesgo de que su amigo le volviese a llamar mequetrefe, se aventuró a pedirle aclaración, so pena de quedarse a dos velas.

—Para que lo entiendas —se pasó mister Share la mano por su blanco y despeinado pelo—, los cuerpos producen luz cuando sus moléculas vibran centenares de *billones* de veces por segundo. Ahora bien, las moléculas, no me digas que esto tampoco lo sabes, están constituidas por átomos, los cuales, al vibrar aquéllas, vibran también, como es natural. ¿Comprendes ya?

El muchacho, con aire de haberse enterado, afirmó con la cabeza. Pero preguntó inmediatamente:

—Bueno, ¿y qué?

—¡Casi nada! —gruñó el viejecito, emprendiendo de nuevo la marcha por el corredor—. Que hemos logrado agrandar las órbitas de los átomos, y así, en lugar de quemarse la materia a causa de la tremenda frotación que sufrirían los *protones* y los *electrones,* como pueden desplazarse a sus anchas en torno al núcleo, ni siquiera se calientan y, lo que es más interesante, se limitan a originar ondas luminosas. ¿Acaso notaste calor cuando tocaste el tabique?

—No —repuso Daywort—. Estaba frío.

—Exactamente, querido, frío, frío. Por eso el profesor Tankard lo llama «radiaciones de fuego frío», *rafufri,* para abreviar; porque es eso, fuego frío, lumbre que no calienta. Y todo, debido a que los átomos no se rozan unos con otros en su vertiginoso movimiento desordenado, como sucede cuando encendemos una simple cerilla, sin ir más lejos. En ésta, amén de energía luminosa, se produce una energía calorífica que consume su materia combustible y

termina por transformarla, como sabes, en un montón de substancias volátiles que no te voy a enumerar; pero en el *rafufri,* o la *rafufri,* que indistintamente lo llamamos de una o de otra manera, no existe tal combustión; o sea, que ni se quema, ni se gasta. Mira, para que lo entiendas: El problema estriba...

CAPÍTULO III

Coyotes en «Base Neptune»

B

ase Neptune, cercada por completo por una altísima valla de alambre espinoso, sujeto en postes que se alzaban cada cinco o seis pasos, tenía la forma de un triángulo rectángulo, en el centro del cual se hallaban los dos cobertizos cónicos que encerraban las astronaves del profesor Tankard.

Adosados a los catetos, o lados pequeños del mentado triángulo, unidos en el vértice del ángulo recto que formaban entre ambos, estaban por una parte, los talleres en donde se habían construido y montado las piezas de las estructuras de las naves interplanetarias; y por otra parte, además de las viviendas del profesor Tankard y del personal de «Base Neptune», incluidos los hombres de la tripulación, las oficinas, gracias a las cuales se había podido llevar a buen término la complicadísima empresa de fabricar los aparatos.

Y por último, orientada hacia el camino que había seguido Phil Daywort, en el centro mismo de la hipotenusa o lado mayor del triángulo, se encontraba la única puerta de entrada, sustituida a la sazón por el alambre espinoso que colocaran los hombres que acudieron cuando el camión se llevó por delante la verja de hierro, y la diminuta construcción de ladrillos de donde, por mandato de Alfred, acababan de salir los dos malhumorados guardianes.

La noche estaba en calma, por lo menos aparentemente. Aunque la oscuridad era absoluta, ninguno de los dos hombres encendió su linterna. No la necesitaban. Se sabían de memoria el recorrido que tenían que hacer para llegar al ángulo Sur, y la luz, lejos de haberles ayudado a caminar, podía atraer a algún curioso que se hubiese acercado subrepticiamente, filtrándose por los círculos de vigilancia que se habían montado en los alrededores.

Así pues, aunque atentos a cualquier eventualidad, con los oídos tensos y las metralletas prestas, caminaron en tinieblas a lo largo de la cerca de espino.

—Oye, Raymond —le dijo uno de ellos al otro, que iba delante —, ¿no te resulta extraño el que los coyotes parezcan haberse esfumado? No oigo ni el más leve aullido.

—Se habrán ido a casa, William —bromeó Raymond, deteniéndose para esperarle—. Si yo pudiera, haría igual.

—Después de la serenata de aullidos que noche tras noche nos

hemos visto obligados a soportar, este silencio me da mala espina. Esta quietud no es normal. Estaba más tranquilo antes de la llegada del camión.

—¡Vaya, hombre! —rió en voz baja Raymond—. A ver si ahora resulta que sólo vas a estar tranquilo cuando estás intranquilo.

Y como William no repusiera nada, agregó a guisa de aclaración:

—Antes de que llegara ese bruto del Robetson Trust Shoe, pese a que se escuchaban lo menos un millar de coyotes, no hablabas de anormalidades. Para mí —siguió diciendo—, lo anormal no es el silencio de ahora, sino la aglomeración de antes. Muchos años llevo viviendo en pleno Cañón del Colorado y jamás, hasta hoy, había oído una orquesta integrada por tantísimos coyotes juntos.

—¿Dónde se habrán metido? —habló William como para sí mismo.

—¡Cualquiera sabe! —le contestó su compañero—. Lo más probable es que se hayan asustado de los faros del camión y que no hayan parado de correr todavía.

Emparejados, sumido cada uno en sus propios pensamientos, desde luego relacionados con la desusada quietud que reinaba en aquella zona del Desierto Pintado, en contraposición con la extraordinaria actividad que los coyotes habían estado desplegando momentos antes, siguieron andando sin separarse de la alambrada.

Un portazo les hizo volver la cabeza en dirección a la casita de ladrillos, pero no pudieron descubrir ni a mister Share ni a Phil Daywort, recién salidos de allí, porque la luz que se escapó por la puerta, al cerrarse ésta, había desaparecido.

Mirando de nuevo al frente, sin despegar los labios a pesar de que se habían sobresaltado, William y Raymond prosiguieron su camino.

—Fumemos un cigarrillo —dijo de pronto Raymond, poniéndose la metralleta indolentemente debajo del brazo—. Lamento confesarte que también yo estoy un poco nervioso. Me has debido contagiar.

En esta ocasión fue William el que hizo lo posible para tranquilizar a su compañero.

—Esta ronda es pura fórmula —opinó—. Todo lo que no nos ha ocurrido en seis meses, no nos va a ocurrir ahora.

Se metió igualmente la metralleta bajo el brazo, y aceptó el pitillo que adivinaba le estaba ofreciendo Raymond.

Y encendido que hubieron los cigarros, los dos hombres fumaron junto a uno de los postes de la valla de alambre espinoso.

—¡Mira, Raymond! —susurró de repente William—. ¿No es eso que hay ahí un coyote?

Con la punta del cigarrillo señalaba un bulto negro que resaltaba en la base del tercer poste, contado a partir del que se habían detenido.

Sin que se pudiera saber a ciencia cierta si estaba por el lado de fuera o por el de dentro, aunque lo más probable, teniendo en cuenta la considerable altura de la cerca, era que estuviese por el exterior de «Base Neptune», era como un cuerpo acurrucado en la base del palo mencionado.

Raymond, poniéndose el cigarrillo en la boca, sacó la linterna todo lo deprisa que le fue posible y lanzó un chorro de luz dirigido hacia el bulto.

Con una velocidad que pareció ganar la acción a la luz, el animal, pues un animal era, y coyote, al parecer, de un prodigioso salto se lanzó sobre Raymond y dio con él en tierra.

William quiso intervenir, e intervino de hecho, aunque tímidamente, ya que no se atrevió a hacer uso de la metralleta por miedo a herir a su compañero, y se limitó a tratar en balde de quitarle de encima, con las manos limpias, al animal.

El coyote, no bien hubo derribado a Raymond, se dio media vuelta y se abalanzó sobre William, quien, cogido desprevenido por la brusca celeridad del ataque, cayó para atrás cuan largo era y se sintió inmovilizado, como si el animal poseyese fortísimas garras en lugar de patas.

Luego, antes de que tuviese tiempo siquiera de pasarle por la imaginación la idea de gritar, el coyote, que no era muy grande, por cierto, sino más bien pequeño, se le echó encima;

Con los ojos saliéndosele de las órbitas, el aterrado William, en vez de sentir en su rostro el fétido aliento de la silenciosa fiera, notó, estupefacto, un irresistible aroma, empalagoso olor que no se asemejaba ni con mucho a ninguno de los que había tenido oportunidad de percibir en su vida.

Eran unos efluvios tan concentrados, que creyó le agujereaban la pituitaria y le llegaban al cerebro, inundándoselo.

El coyote, sin hacerle más daño que el que con el olor aquel pudiera haberle ocasionado, moviéndose tan precipitadamente como solía, en lugar de morderle o intentar devorarle, se llegó sin más a la alambrada, donde emitió un aullido sordo.

Debía saber lo que hacía. El asombrado William, mientras se esforzaba en coger la metralleta, cuya culata rozaba con los dedos de la mano izquierda, vio a la luz de la linterna de Raymond, la cual

había quedado encendida en el suelo, cómo surgía de las tinieblas un bulto alargado, que resultó ser otro coyote.

Después, el guardián de «Base Neptune», que estaba en la creencia de que no había perdido el conocimiento, no obstante el susto y la caída, supuso estar equivocado.

Porque es que el segundo animal, tras haber franqueado tranquilamente la peligrosa valla de espino por un boquete que había entre los alambres, los cuales debían haber sido cortados con anterioridad, se puso en dos patas y, seguido por el otro, que le imitó, caminaron hacia Raymond cogidos de la mano.

Aquella visión de verdadera pesadilla hizo que William duplicase los denodados intentos que estaba haciendo para alcanzar la metralleta.

Pero no tuvo el menor éxito. Estaba como amarrado. Cloroformizado, pensó, aun a sabiendas de lo que había olido no era ni por el forro cloroformo.

Cuando los dos animales dejaron a Raymond y se acercaron a él, fingió estar inconsciente y aguardó ansioso, sin osar ni respirar.

No debió, empero, engañar a los coyotes, pues éstos, después de olfatearle un momento, abrieron sus terribles fauces en una mueca horripilante, y le hicieron oler nuevamente el intensísimo aroma empalagoso de antes.

Y, ahora, sí que por completo, William perdió enseguida la noción de las cosas.

Fue lo mejor que le pudo ocurrir. Si hubiese sido capaz de ver tan sólo la mitad de lo que acaeció a continuación, sin duda hubiese sospechado que había enloquecido.

El primer coyote habló. No es que ladrase, ni aullase, ni que emitiera los guturales sonidos que en estos animales son característicos.

Habló, en todo el sentido de la palabra. Y sus frases, ininteligibles sólo por pertenecer a un idioma desconocido en la Tierra, fueron pronunciadas con magnífica dicción.

Voz de mujer, se hubiera podido decir que era la del coyote hablador. En los vocablos, aun habiendo sido articulados muy por lo bajo, se advirtió un timbre argentino inconfundible.

El segundo coyote, al oír lo que le decían, respondió en la misma lengua, con idéntico timbre e idéntico tono.

No era posible determinar lo que entre ambos se habían comunicado; pero no existía duda de que se habían dicho algo. Y aun más que algo, porque aquel lenguaje daba la impresión de estar integrado por una serie de voces condensadas, cada una de

las cuales significaba muchas cosas a un tiempo.

A poco, el animal que habló en primer lugar, con una inflexión de voz tajante, con una sola palabra debió dar varias órdenes al segundo pues éste, sumiso, sin perder en absoluto su postura vertical, llevándose una de las patas delanteras al cuello, la bajó rápidamente y, como si abriese un cierre de cremallera que le llegara hasta el principio del rabo, se produjo un como a modo de corte en la piel, de la que se despojó al punto con tanta facilidad como el que se quita un abrigo.

Y sin perder un segundo, aquella especie de esqueleto de niño pequeño que quedó al descubierto, saltó hacia la linterna, se apoderó de ella y la apagó con sus propias manos.

Fue poquísimo el tiempo que se le pudo ver al tenue resplandor de la linterna de Raymond, mas sí el suficiente para que éste o su compañero William, de no haber estado los dos exánimes, hubiesen podido distinguir alguno que otro detalle de su aspecto.

De no más de ochenta centímetros de estatura, era de color de hueso humano, de ahí su traza de esqueleto; en la cabeza, redonda y desproporcionadamente reducida en relación con el resto del cuerpo, además de orejas, tenía dos ojos, verdes, fulgurantes, que parecían clavados en el interior de sendas cuencas triangulares, y debajo, en una eminencia redondeada, con un sólo orificio, la nariz; la boca, como si los carrillos los tuviese de continuo inflados, apenas era perceptible encima de la barbilla.

Llevaba por todo vestido una estrecha tira de piel, o algo por el estilo, enroscada como una bufanda en torno a la garganta, y cuyos dos extremos, el uno por delante y el otro por detrás, después de dar varias vueltas alrededor de la cintura, como una faja, caían luego, unidos entre sí para dar lugar a una faldita corta.

Desprovisto totalmente de pelo, en conjunto, aquel ser semejaba un extraño pigmeo africano que se hubiera desteñido. Dios sabía por obra y gracia de qué ignorado decolorante habría conseguido la tonalidad blanca amarillenta que su epidermis tenía, pero, evidentemente, en su palidez como de rayo de Luna había algo misterioso, intranquilizador, alucinante, que imposibilitaba el concretar si debía ser clasificado entre lo subhumano o lo superhumano, o si entre lo terrestre o lo ultraterrestre.

Sin que pareciera importarles un comino la falta de luz, ambos seres, el enano y el coyote que quedaba, envueltos en las impenetrables tinieblas de la noche, caminaron en silencio hacia la construcción de ladrillos de la puerta de «Base Neptune».

Y al llegar, llamaron.

Alfredo que estaba terminando de fumarse el cigarrillo en el interior, oyó los golpes que dieron y, sin poderlo remediar, intuyó el peligro.

—¡Quién será! —se preguntó alarmado.

Ni Raymond ni William tenían costumbre de llamar. Y mister Share, menos. Por otra parte, cuantas personas había en aquellos instantes en «Base Neptune», todas de absoluta confianza, se mostraron de acuerdo con la prudente orden que a media noche diera el profesor Tankard, de que, llegado que hubiese el vehículo de los equipos, no se permitiera la entrada ni la salida, bajo ningún pretexto, ni a los periodistas, ni a los técnicos, ni a los miembros de la tripulación de las astronaves. Y, tan severa había sido la orden, se incluía al mismo profesor y, ni falta haría consignarlo, a los agentes motorizados que patrullaban por el Desierto.

Alfred, con la mosca en la oreja, se acercó a la puerta de la casita y la entreabrió.

Eso fue lo último que pudo hacer por su propia voluntad, en muchos minutos.

Colándose por el resquicio como meteoros, el hombre vio espantado irrumpir en la estancia lo que supuso era un niño medio desnudo y feísimo y un perro o coyote, que traía algo como una piel en la boca, los cuales se le echaron encima y lo derribaron en un santiamén. No tuvo ocasión ni tiempo ni aun para gritar.

Y cuando todavía no estaba repuesto del infinito asombro que sentía, mientras el fiero animal cerraba la puerta sin soltar la piel que le colgaba de las fauces, olió un gas que debía llevar el horrible niño en su espantosa boca, pues que lo dejó salir de ella a chorros, y creyéndose hundir en un abismo sin fondo, se sumió en la inconsciencia y quedó inmóvil en el suelo.

Sin detenerse, nada más cerrar la puerta, mientras su blanquecino compinche estaba inundándole de gas a Alfred, el coyote soltó la piel que agarraba con los dientes y procedió a quitarse la suya propia, con lo que surgió a la luz otro ente tan diminuto y pálido como el de la alambrada.

Ninguno de los dos se detuvo allí más que el escaso tiempo necesario para recoger las pieles respectivas que les habían servido de disfraz, con las cuales al hombro, sin olvidarse de cerrar luego la puerta, se marcharon.

No es ni remotamente probable que el desarrollo de los acontecimientos hubiese variado aunque Alfred no hubiera acudido a abrir la puerta, mas de habérsele ocurrido telefonear al profesor Tankard antes, habría podido éste, al menos, ponerse en guardia.

Los dos hombrecillos, como olfateando el terreno, siguiendo el camino que habían llevado mister Share y Phil Daywort, caminaron agachados.

Poco faltó para que encontraran al anciano colocando en su sitio la tela del cobertizo número uno que, como se recordará, se le resistía. No obstante, cuando pasaron al interior ya estaba mister Share diciéndole a Daywort que oprimiese el botoncito que había encima de la letra T, de la palabra «Desierto», del rótulo que circundaba la cónica nave intersideral.

Y cuando ambos traspasaban el umbral de la puerta ovalada, los dos pequeños seres de pálida piel, tomando enormes precauciones, principiaron a andar por el cobertizo.

Sus movimientos tenían mucho de felinos. Debido tal vez a que las plantas de los pies no se las cubría calzado alguno, sus pasos eran silenciosos y ágiles a más no poder.

Viendo a Phil Daywort titubear, sin saber lo que debía hacer para que la puerta de la astronave se cerrase, alargando el cuello para poderle observar sin ser descubiertos, se detuvieron y aguardaron impacientes.

Finalmente, al retroceder mister Share y cerrar la puerta por dentro, ellos, tras esperar un tiempo prudencial, avanzaron en la oscuridad.

No dudaban, ni tampoco había en sus pasos el menor síntoma de vacilación. Con una seguridad maravillosa, que quizá fuese intuitiva, así que llegaron a la letra T, encaramándose uno en otro para alcanzar el pulsador de la cerradura automática, lo oprimieron sin ninguna dificultad.

El joven rubio y el anciano, sin dejar este último de hablar, se alejaban por la derecha del pasillo azul de la nave intersideral.

Siempre con las pieles de los coyotes a cuestas, los dos extraños entes pasaron al luminoso corredor y lo observaron con sus triangulares ojos de pupilas aterradoramente inmóviles.

Luego, como cansados de buscar algo en vano en los curvados tabiques, cuando parecía que iban a tomar la determinación de internarse, un ruido como de pisadas que provino de la izquierda del pasillo les hizo escapar vertiginosamente de la nave del profesor Tankard.

Y ya fuese por casualidad, bien porque conocieran su existencia, el caso fue que el último en abandonarla pisó el rectangulito que había en el suelo, con lo que la puerta se cerró y el tabique de *rafufri* quedó como antes estaba.

La pareja de hombrecillos, rozaron apenas el terroso terreno del

cobertizo, desanduvo corriendo el camino y salió de él por el mismo sitio que usara para penetrar.

Uno de ellos, con su característica voz de mujer, dijo algo al segundo, el cual asintió.

Y echaron a andar resueltamente. Rodearon como dos sombras el cobertizo número dos y se aproximaron al bloque de viviendas del profesor Tankard y de sus hombres.

Menos una ventana del segundo piso, por un resquicio de cuya mal bajada persiana se filtraba una rayita de luz, todo lo demás estaba cubierto por las tinieblas. Pero a ellos no pareció importarles.

Con una seguridad asombrosa sortearon los numerosos automóviles que había estacionados en batería a lo largo de la pared del edificio, y se fueron a detener debajo de la ventana por donde salía la luz.

Tantearon un segundo el muro y, aprovechando como escalones inverosímiles salientes de los ladrillos, treparon luego por él, se situaron en el alféizar de la ventana elegida y miraron por la estrecha abertura de la persiana.

Bien ajenos a que estaban siendo espiados, en el interior de un espacioso salón se hallaban el profesor Tankard y su joven ayudante, el profesor Wholesome, acompañados de una veintena de periodistas, cuyos debían ser los coches que había abajo.

El jefe de la expedición, puesto en pie y de espaldas a la ventana, se estaba despidiendo de todos.

—Y ahora, queridos amigos —decía modestamente a los de la Prensa—, dejo a ustedes con el profesor Wholesome. Él, con mucha más autoridad que yo, podrá informarles de cuantos otros detalles relativos a nuestro viaje o a nuestras astronaves tengan a bien preguntarle. Ya no hay peligro de que los puedan publicar antes de que partamos. Y después no importa.

Y salió por la puerta que tenía delante.

CAPÍTULO IV

ROBO DE CRISTALES

A

nte la marcha del científico, en el salón se elevó un murmullo como de protestas; mas como nadie dejó de comprender que debía tomarse algún descanso antes de emprender el viaje, el murmullo se apagó.

Eran las tres y cuarenta minutos, y los periodistas tenían ya montones de cuartillas repletas con las declaraciones que les había estado facilitando.

Sin embargo, deseosos todos ellos de informar a sus lectores lo más extensamente posible, puesto que con tanta amabilidad se les brindaba la ocasión de ampliar la noticia, se dispusieron a bombardear con sus preguntas al segundo jefe de la expedición.

—Veamos, por favor —le dijo uno cualquiera, abriendo el fuego para enterarse de una cosa que a primera vista le resultaba inexplicable—. ¿Querría usted decirnos el motivo de que las astronaves no tengan número, profesor Wholesome?

—¿Cómo que no tienen número? —le interrogó a su vez éste, sonriendo divertido—. Son dos. ¿No han visto las fotografías?

—Ya sabemos que son dos y hemos visto las fotografías —asintió el que había hablado—, pero ya comprenderá usted que no me refería a eso. Quería decir...

—Lo que quiere decir Curtain —le interrumpió otro periodista, mirando al joven profesor Wholesome— es la razón de que las naves no estén numeradas. En la inscripción que llevan alrededor parece como si faltara un guarismo o una letra que las distinguiera entre sí. Para nosotros —agregó aún, para aclarar todo lo posible la idea—, lo normal sería que hubiese en ellas otro rótulo, «Astronave A» y «Astronave B», por ejemplo.

—Comprendido —dijo Wholesome—. Les extraña que no lleven un distintivo, que las hayamos construido idénticas. La explicación, señores, no puede ser más sencilla.

Se detuvo, se estiró los-puños de la camisa y carraspeó antes de seguir hablando.

—No queremos que se nos pueda localizar desde ningún observatorio astronómico de la Tierra. Si tenemos la desgracia de no poder llegar con las dos a la Luna, nadie sabrá hasta nuestro regreso cuál ha sido la que ha alcanzado la meta.

—Me lo explico perfectamente —rezongó un periodista calvo y

grueso, que estaba sentado en un ángulo del salón—. Debe ser para no intranquilizar a los familiares de los tripulantes de la nave desaparecida.

—Pues yo no me lo explico con tanta facilidad, mister Yolke —gruñó el periodista que estaba a su lado; y poniéndose en pie, refutó en voz alta—: Que yo sepa, ni aun con los más potentes telescopios será posible distinguir a las astronaves en la superficie lunar.

—En la superficie lunar —repitió rápidamente el profesor—, no. Pero sí durante la última parte del viaje de regreso. No olviden que todos los observatorios del mundo van a estar pendientes de nosotros y que no dejarán de localizarnos ni aunque fuéramos alfileres. He ahí el porqué de que no deseemos suscitar comentarios intempestivos.

—¿Los 384.000 kilómetros que nos separan de nuestro pálido y romántico satélite...? —empezó a decir Curtain.

—Perdone —cortó la perorata el profesor Wholesome—: No son 384.000 kilómetros, sino 407.424. No olvidemos que estamos con respecto a la Luna en apogeo o mayor distancia.

—No obstante —replicó tímidamente Curtain, tratando de justificar la cifra que había dado—, la distancia media...

—La distancia media —le tapó la boca el ayudante del profesor Tankard— no son esos 384.000 kilómetros que vulgarmente se suelen citar, sino casi 500 kilómetros más; 454 exactamente.

—¿Y no les sería a ustedes más conveniente esperar a que nos encontráramos en *perigeo*? —inquirió Curtain de nuevo, procurando siempre tirar de la lengua a Wholesome—. La distancia entonces sería menor aún que la media.

—Así es —se encogió de hombros el profesor—. No hay duda de que nos ahorraríamos casi veinte mil kilómetros de recorrido. Pero olvida usted un pequeño detalle que, sin duda, el profesor Tankard les ha comunicado ya. Hemos calculado la potencia de nuestro sistema de propulsión para distancia máxima.

—¡Muy bien pensado! —dejó oír su voz mister Yolke, levantándose trabajosamente para aplaudir—. ¡Han estado en todo!

La concurrencia le miró asombrada de su salida, y algunos periodistas, arrastrados por su entusiasmo, se pusieron en pie y aplaudieron también.

Luego, cuando la calma se rehizo y cada cual volvió a ocupar su puesto, Curtain tomó nuevamente, la palabra y se encaró con el profesor.

—Estando como estamos ahora en apogeo —dijo—, cuando

lleguen ustedes a la Luna, puesto que ésta se les irá acercando, no habrán tenido que cubrir en su totalidad los 407,424 kilómetros que hace un poco ha señalado, sino algunos miles menos. ¿Cómo, pues, explica usted eso de que la potencia del sistema de propulsión haya sido calculada para la «distancia máxima»?

Wholesome suspiró, meditó un segundo, como para asimilar el alcance de la pregunta, y respondió luego:

—Esa reducción de la distancia tan sutilmente apreciada por usted, mister Curtain, aunque sea, en realidad, una cantidad de kilómetros que se desprecia en teoría, en la práctica, efectivamente, adquiere decisiva importancia, importancia como van a ver, por partida doble. En primer lugar, porque gracias a ella nuestros organismos no tendrán que estar sometidos tanto tiempo a la tremenda aceleración que vamos a llevar; y en segundo lugar, porque nuestras astronaves conservarán una reserva de cohetes propulsores.

Curtain levantó una mano.

—El profesor Tankard nos ha revelado que los cohetes propulsores no tienen un interés más que relativo. ¿Cómo es que usted ahora les atribuye «importancia decisiva»?

El profesor Wholesome carraspeó.

—La aparente contracción estriba en que el profesor Tankard les ha hablado de la energía propulsora desde un punto de vista general, mientras que yo lo estoy haciendo desde uno particular.

En tanto que los periodistas copiaban al pie de la letra cuanto escuchaban, el joven científico permaneció callado y los fue mirando con aire distraído.

Y antes de que nadie volviese a preguntarle nada, apenas vio que la mayoría había terminado de escribir, con la amabilidad que le era característica, siguió:

—Cierto es que en ruta no hay necesidad de usar los generadores, reservándolos exclusivamente para los despegues, o sea, para salir de la órbita de la Tierra y de la Luna; pero no menos cierto es que sin esa reserva de cohetes propulsores, originada precisamente al acortarse la distancia, los citados despegues no podrían llevarse a la práctica. He ahí el motivo de que yo coloque los cohetes en primer plano. Sin despegue, no puede haber viaje.

Una joven que estaba sentada en el centro del salón, dejando de copiar las últimas palabras, se puso en pie y pidió:

—¿Me permitiría una pregunta, profesor Wholesome?

—Naturalmente, miss Bray —accedió el interpelado—. Una, y cuantas desee. «Base Neptune» no tiene ya secretos para ustedes.

Aprovéchense, ahora que pueden.

—Muchas gracias, profesor —dijo miss Bray. Y fue directamente al asunto—: El profesor Tankard nos ha dicho que se usará en ruta la energía radiactiva que procede de la luz. ¿Tendría usted inconveniente en ampliarnos esta fantástica noticia?

—Con sumo gusto —repuso el profesor—. Teniendo en cuenta que todo lo que es tocado por los rayos solares ha de soportar la presión de éstos, es indudable que tanto la Tierra como la Luna o cualquier astro ha de soportarla también. Si me permiten recordarles que en la Tierra esta presión equivale a 400.000 toneladas métricas, ya se darán una idea de la inconmensurable cantidad de energía que, hasta la fecha, se estaba desperdiciando en las inmensidades del vacío, en donde, ya que no otra cosa, existe luz y, por tanto, presión ejercida por ella, o mejor todavía, por su velocidad.

Se detuvo un instante y parpadeó.

—Todos ustedes saben —prosiguió diciendo— que la energía utilizable que se obtiene de las reacciones nucleares no es total. O dicho con otras palabras, que siempre queda un sedimento, un residuo que no es posible desintegrar ni, por ende, aprovechar, y que se desperdicia lastimosamente. Es decir —lo recalcó—, «que se desperdiciaba», porque por fin hemos logrado aprovecharla con nuestros ultrageneradores. Ya lo dijo el profesor Tankard: «Si no es posible conseguir la desintegración completa del protón ni del electrón, suplámoslos con los fotones, los elementos energéticos de la luz, y habremos logrado una fuente inagotable de energía». Y eso es lo que hemos hecho realidad. Ahí están los ultrageneradores para dar fe de que podemos surcar el espacio valiéndonos del espacio mismo como medio de propulsión. «Grosso modo», para que la comprensión de lo expuesto les resulte asequible, les diré que es algo similar a lo que sucederá el día en que el agua de los mares pueda ser aprovechada como combustible para los navíos. Entonces la navegación habrá que convenir en que ha estado en mantillas, porque los barcos adquirirán un radio de acción y una autonomía insospechada en la actualidad. ¿De dónde proveerse de combustible mejor que del líquido elemento que surcan? ¿Faltan acaso en él substancias que puedan ser desintegradas?

Echó una mirada circular a los que le escuchaban, un tanto perplejos ante los vuelos grandilocuentes que iba tomando, y continuó en estos términos:

—¿Es que no va a ser posible aprovechar la extraordinaria energía resultante de dichas desintegraciones? A más del

Hidrógeno y del Oxígeno, de los cuales no ignoran su devastadora potencia al ser desintegrados, en la composición del agua del mar entran el cloruro sódico y el cloruro magnésico, y el sulfato de potasa y el sulfato de magnesia, y el silicato de sosa y el óxido de hierro y el óxido de magnesio y... y hasta el cloruro de plata. Pues igual sucede en las alturas del Cosmos. Fotones hay de los que nos podemos valer; luz a raudales, cuyos átomos es posible descomponer y aprovechar. Cantidades incalculables de «materia luz» procedente de las estrellas que nos la envían, y hasta de la Luna misma, que nos refleja la del Sol.

—Tenemos entendido que piensan ustedes explorar la zona de la Luna que resulta invisible desde la Tierra —habló miss Bray, poniéndose a mordisquear el lapicero con que anotaba las cosas—. ¿Cómo piensan llevarla a cabo?

—Esa exploración —respondió el profesor Wholesome— la realizaremos a pie. Ya conocen ustedes nuestras intenciones de posarnos en las cercanías del circo de Tycho Brahe. Desde allí, dejando las astronaves a la sombra del cráter, intentaremos la aventura de alcanzar la zona desconocida.

Curtain terció:

—¿Cuál es el motivo —dijo— de que no se posen directamente en la zona desconocida?

—Ése, ni más ni menos —comunicó el científico—: Que nos es desconocida. Salvo esa ínfima porción que vemos gracias a que la Luna trepida al girar sobre su eje, el resto constituye una incógnita.

—¿Han previsto la posibilidad de encontrarse con habitantes? —quiso saber un periodista muy rubio que estaba sentado en el brazo de la butaca de miss Bray.

—Desde luego, mister Thereby —asintió el profesor—. Bien puede decirse que no hemos dejado de prever nada. Haya lo que haya al lado de allá de la Luna...

—¿Cómo han imaginado ustedes a los posibles habitantes de nuestro satélite? —interrumpió Curtain, que no desaprovechaba la menor oportunidad de meter baza.

El profesor Wholesome, mirando a la ventana del salón, comenzó a explicar:

—No los hemos imaginado de ninguna forma definida, aunque, debido a lo próximas que en el sistema solar la Luna y la Tierra están, es indudable que, caso de haberlos, naturalmente puede existir cierto paralelismo entre los habitantes de uno y de otro sitio.

—Supongamos que existan los selenitas —insistió Curtain—. ¿Cree usted que han de tener piernas, por ejemplo?

Pese a que la pregunta exigía una contestación categórica, Wholesome no se inmutó.

—Piernas y brazos —repuso muy serio—. Ahora bien, lo que ya no me es posible puntualizar es cuántos de cada tendrían.

Curtain y el periodista rubio abrieron la boca para hacer una nueva pregunta, pero el profesor Wholesome siguió hablando y no se lo permitió.

—El problema, señores, no reside en cuántos miembros o en cuántas cabezas puedan tener o dejar de tener, sino en la confirmación de la existencia de esos hipotéticos seres. En rigor, tanto nos da que sean semejantes a nosotros como que dejen de serlo. ¿Encuentran ustedes algún parecido entre los infusorios y el hombre? Sin embargo, los infusorios tienen vida. Eso es, nada más y nada menos, lo que nosotros investigaremos. La existencia de vida.

—Bueno —sonrió miss Bray—, en el supuesto de que haya vida en la Luna, ¿cómo habrá llegado hasta allí? Muy adelantados tendrían que estar los que la habitaran, ¿no le parece?

Wholesome, que estaba acostumbrado a las exactas manifestaciones de los fríos cerebros electrónicos, fue el único que no captó la ironía de la joven periodista.

Reflexionó con la frente arrugada, y confesó por fin:

—No comprendo bien lo que quiere dar a entender. ¿Tendría la bondad de repetir su pregunta, miss Bray?

Y miss Bray, que todo lo más que había esperado había sido un amago de carcajada por parte de sus compañeros, se vio en un apuro para complacer al serio científico.

—¿Tendrán... astronaves? —balbuceó—. Porque es que, si no, para...

Curtain, demostrando no tener pelos en la lengua, acudió inmediatamente en su ayuda.

—Mire, profesor Wholesome —atrajo otra vez la atención del hombre de ciencia hacia él—, lo que miss Bray quiere decir es que si en resumidas cuentas hay habitantes en la Luna, como estima que han de proceder de otro astro, supone que habrán precisado para desplazarse de una fantástica astronave, un platillo volante, pongamos por caso; y por eso ha dicho que tendrían que estar muy adelantados. Muy avanzados en sus conocimientos de astronáutica, vamos.

El profesor, que se hallaba medio sentado en el tablero de su mesa, de cara a los periodistas y a la ventana del salón, se puso en pie sin decir nada y. fue a tomar asiento en la butaca que había al

otro lado de la mesa.

Sólo entonces, ante la expectación de los presentes ninguno de los cuales osó romper el silencio con nuevas preguntas, dijo:

—Algunas veces, señores, no queda más remedio que dejar volar la imaginación. Con la pregunta de mister Curtain se me acaba de crear lo que podríamos llamar un «complejo de misterio»; y conste que tal misterio, en una de sus partes al menos, no tiene razón de existir. Porque de la misma forma que el Ser Supremo nos hizo a nosotros de un puñado de barro y nos colocó en esta tierra, que es nuestro mundo, igual ha podido infundir vida a otro puñado de materia lunar, no importa que para nuestros sentidos tenga esa apariencia seca y estéril que da frío. Por otra parte, tiempos pudo haber en los que la arrugada y monda superficie de la Luna estuviera cubierta de bosques ubérrimos por los que correteasen fabulosos animales, y en los que ¿por qué no? cantasen pajarillos que estuvieran posados en las ramas de la tupida vegetación; tiempos en los que lo que ahora nos da la impresión de ser resecos fondos marinos, petrificados y vacíos, estuviesen poblados por una fauna tan completa como la de la superficie; tiempos en los que, no diré «hombres», en el sentido que tiene este vocablo para nosotros, pero sí entes organizados, seres inteligentes, fuera de la clase que fuere, encauzaran los elementos naturales e hiciesen que en nuestro satélite, llámese Luna, Selene, Diana o Febea, floreciese una civilización que hoy día no seríamos capaces ni de soñar. Civilización que, ora debido a la persistente influencia del terrible calor del sol, que la abrasaría durante las seiscientas cuarenta y ocho horas de sus largos días, ora al frío aterrador que la helaría en sus noches, de idéntica duración que los días ya debido a quién sabe qué espantosos cataclismos, originados quizá por los arriesgados experimentos de esos entes superiores que hemos mentado, se arrasó o quedó reducida, al menos, a un núcleo inapreciable de población. Los constructores de esas astronaves o platillos volantes, traídos a cuento por miss Bray. Ya ven —cruzó los dedos delante de la boca— lo que aquí en la Tierra sucede. Paso a paso, pero ininterrumpidamente, las conquistas de las ciencias atómicas no se detienen. Ya hemos conseguido llegar a las metas durante tanto tiempo acariciadas. Ya empleamos los fotones de la luz como medio de propulsión y ya hemos ampliado las órbitas de los átomos. No obstante, yo pregunto: ¿Estamos avanzando o retrocediendo? ¿No estaremos abocando a que nos ocurra algo semejante a lo que en la Luna puede muy bien haber sucedido? De una cosa estoy seguro. Si en vez de orientar nuestros estudios

hacia unos fines eminentemente científicos y, por lo tanto, creadores, los hubiéramos llevado a efecto con miras bélicas, no ya probable, seguro que la Tierra, con un siniestro trepidar en sus entrañas, temblando de Norte a Sur y de Este a Oeste, o se hubiera a estas fechas partido en pedazos o, en el mejor de los casos, su superficie habría quedado tan limpia de apariencia de vida como la de la Luna actual.

Dejó de hablar, cerró los ojos y apoyó la frente en las manos. Un momento después, sacándole de su abstracción, Curtain le preguntó:

—¿Qué hay de unos cristalitos amarillos que el profesor Tankard ha citado?

—Tendré sumo gusto en informarles —dijo el joven profesor, poniéndose en pie—. Así estarán preparados cuando visiten las naves.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y fue a ocupar el lugar que anteriormente tuvo delante de la mesa. Allí, sacándose la diestra del bolsillo, mostró al auditorio una cajita alargada.

—Aquí están esos cristalitos —abrió la caja apara enseñar su contenido—. Sepan que si no fuese por ellos, la navegación en las astronaves sería imposible. Sin embargo, basta ponérselos delante de los ojos para que se hagan visibles las cerraduras automáticas...

A partir de aquí, aunque nadie pudo verlo ya, los acontecimientos se sucedieron vertiginosamente.

Coincidiendo con un agudo gritito, como de mujer, que se oyó en el exterior, un cristal de la ventana saltó hecho añicos, y luego, mientras el salón quedaba inundado de un olor irresistible y extraño, a la vez que la persiana era subida con fuerza incontenible, los periodistas y el propio profesor Wholesome, que cayó al suelo como fulminado, perdieron instantáneamente el conocimiento.

Brincaron dentro del salón entonces los dos pálidos seres que habían estado escuchando en la ventana, y, pisando sin reparo el cuerpo del periodista rubio que yacía inconsciente a los pies de miss Bray, fueron hasta el inanimado profesor Wholesome.

Cuando breves segundos más tarde se marcharon de allí, el profesor conservaba aún entre sus crispados dedos la cajita de los cristales amarillos. Pero estaba vacía.

CAPÍTULO V

Mister Share se desmaya

Mister Share era incansable. Con razón había dicho que se sumía en «catalepsia». Influido seguramente por la aplastante tranquilidad que se experimentaba en el pasillo azul que estaban recorriendo, con una calma rayana en paciencia de mártir, hablaba y hablaba sin tregua.

Su joven acompañante, atento casi sólo a descubrir ante él la terminación del susodicho corredor, no le hacía gran caso. Mas, justo es consignarlo, si no se lo hacía, no era por falta de ganas, que sí que le atraía con un poder como mágico cuanto con la singular astronave tuviese relación, sino porque no le entendía.

Phil Daywort era chofer. Conductor de camiones del «Robetson Trust Shoe» desde hacía muchos años. A él que le hablasen de lo suyo, de camiones y de vehículos con ruedas, y que le dejasen de pinturas de *rafufri* y de ampliaciones de órbitas de átomos.

Pero estaba visto que su viejecito amigo no pensaba del mismo modo, pues al dar fin a su farragosa explicación, cuando ya habían caminado por lo menos ochocientos pasos más, se detuvo de improviso y le espetó:

—Y no creas, querido Phil, que esto está pintado de azul por gusto del decorador o porque este tono nos haya parecido más agradable.

Ante el gesto de extrañeza del muchacho, mister Share, sonriendo, siguió:

—No sé si sabes que el azul es un color sedante. Quiere decir —se puso muy serio— que calma los nervios ¿No estás tranquilo, tranquilo como si te hubieras dejado los nervios ahí fuera?

Daywort asintió en silencio.

—¡Aja! —se frotó las manos el anciano con evidente satisfacción—. No falla, no falla...

El joven, elevando las cejas, le dirigió una muda interrogación.

Mister Share no se hizo de rogar.

—Esta porción de la nave —dijo con misterio—, que es la primera con que se encuentra uno cuando viene del exterior, a pesar de que la ves desprovista de todo utensilio, es de una importancia capital para nuestros fines. Porque es que fuera —lo repitió recalcándolo mucho—, ese «fuera» que aquí es el inocente cobertizo número uno, en los insondables abismos del Cosmos, es

el vacío. ¿Comprendes?

No, Phil Daywort no comprendía.

—Lo siento —denegó completamente despistado—. Es como si me estuviese usted hablando en clave.

—Por vida de la física nuclear —exclamó el viejecito sin acalorarse—. No me extraña que te hayas llevado con el camión la verja por delante, mequetrefe, tus reflejos dejan mucho que desear, hombre. Vamos a ver si lo entiendes así. Mira. Suponemos, con razón, desde luego, que no ha de traer muy templados los nervios el que entre a la astronave, ya sea procedente de su estructura, ya de la Luna o del astro que sea; por lo tanto, como si fuese una de esas medicinas que todavía se toman a cucharadas, nosotros hemos pensado administrarle automáticamente un sedante por los ojos.

—¡Ah! —dijo Daywort—. Ahora comprendo, ahora comprendo...

Mister Share, haciendo un ademán de disgusto, como diciendo: «Tú qué vas a comprender», inició otra vez la marcha por el inacabable corredor.

No se veía en el dichoso pasillo ni puertas ni ventanas ni, lo que era peor para el joven, el lugar donde terminaba. Totalmente azul, ni en sus curvadas paredes ni en su abovedado techo había otra cosa que la igualdad luminosa de las capas de pintura.

Andando, andando, en silencio ahora el locuaz mister Share, seguían y seguían los dos hombres, el uno detrás del otro.

—¿Cuándo se acaba esto? —se atrevió por fin a preguntar Phil Daywort, que iba el último—. No supuse que la astronave fuese de tan gigantescas proporciones.

El anciano se volvió hacia él en el acto.

—Da gracias a que no me es posible perder la tranquilidad, querido Phil —habló algo enojado. Y agregó, como si su ofrecimiento fuera muy otro—: De buena gana te daría un par de bofetadas.

Daywort se quedó de una pieza.

—Estoy empezando a sospechar —prosiguió el viejecito al notar su desasosiego— que eres un poco tonto, o un mucho, aún no lo sé de seguro. ¿Es que no te has dado cuenta de que estamos dando vueltas y más vueltas a la nave, y de que pasamos continuamente por los mismos lugares? Le tengo que decir a tu padre cuando lo vea, que su hijo no tiene ni idea de lo que es el sentido de la orientación.

El muchacho, con los ojos muy abiertos, miró a su alrededor desconcertado.

—¿Entonces...? —empezó a decir.

—Claro, querido, claro. El corredor es circular y no hay en él ningún punto de referencia visible normalmente. ¿Qué harías, si tuvieras que viajar aquí en lugar de en tu camión?

No aguardó respuesta a su pregunta. Se sacó del bolsillo un cristalito amarillo y se lo entregó al joven diciéndole:

—Echa un vistazo y dime lo que te parece.

Phil Daywort le obedeció y, con gran asombro por su parte, vio que en la pared convexa del pasillo, la opuesta a la cóncava donde estuviera la oval puerta por donde habían entrado, a metro y medio de altura del suelo, aproximadamente, se alineaba una serie de puntitos verdes cuya existencia jamás hubiese sospechado.

—Es curioso —musitó estupefacto—. Junto a los puntos veo unas letras, verdes también; pero si me quito el cristal de delante desaparece todo y no distingo más que el azul de la pared.

—A tus años, querido, deberías saber que el color azul y el amarillo componen el verde.

Sin hacer caso del comentario que el joven iba a hacer, le arrebató el vidrio amarillo y se lo puso él delante de los ojos.

—Que ignores el significado de las letras, no tiene nada de particular; aunque para nosotros son la indicación precisa de lo que encierra el recinto, son arbitrarias. ¿Te he dicho ya que cada punto es una cerradura automática? Pues sí, y basta apretarla para que quede expedita la entrada del departamento que cierra. Tanto las letras como los puntos están hechos a base de *rafufri* reforzada; o sea, para que no dejes de entenderlo, con más capas de pintura superpuestas que en el resto de la pared. Por ese motivo resaltan.

Se detuvo para ver el efecto que sus palabras causaban a Phil Daywort, y continuó diciendo, con displicente entonación:

—Ahora no funciona nada como en pleno vuelo, cuando el ultragenerador radiactivo actúa. Ahora, quieras que no, para poder penetrar en las diferentes cabinas no queda más remedio que pulsar los puntitos, que, dicho sea de paso, son similares al que has apretado en la entrada de la astronave; mas después, ya me parece habértelo indicado, todo es automático y no hay que molestarse. Las puertas —terminó— se abren con el sésamo de la simple presencia física de uno.

—¿Células fotoeléctricas? —quiso saber el muchacho, aludiendo a los puntos verdes que había visto con el cristal amarillo, invisibles ya, lo mismo que las letras.

—¡Ca! —le-devolvió mister Share el cristal para que comprobase el efecto otra vez—. Eso de las células fotoeléctricas es un sistema

antiquísimo, querido. Esto es incomparablemente más moderno y, ni qué decir tiene, más eficaz. En vuelo, estos botoncitos son cerraduras radiactivas, cuyas llaves están dentro, ¿te fijas? «dentro» de los equipos de navegación que has traído en tu armatoste con ruedas.

—No sabía que trajese llaves —rezongó Daywort, devolviéndole el vidrio amarillo—. Suponía que no venía en el cargamento nada más que los equipos.

—No seas bruto, querido. No son llaves propiamente dichas. Tienes tan poca imaginación, que te dicen llave y te figuras una de esas cositas metálicas que hay que introducir por un agujero y dar media vuelta para abrir. Estas llaves —le dio palmaditas en la espalda— son diferentes. Me temo que será predicar en desierto, pero, por tratarse de ti, voy a decirte que el profesor Tankard encargó al «Robetson Trust Shoe» la confección de los equipos porque emplean en sus productos, además de la goma-recauchutada, el amianto. ¿Te das cuenta? El amianto.

—Sí, sí, ya lo sé. He estado cierto tiempo en la sección de mezclas de las fábricas.

—Pues bien, estos puntitos, que son radiactivos, están lanzando continuamente radiaciones, y llegas tú, es un decir, con tu equipo de amianto, y la corriente, vamos a llamarla así, se interrumpe, con lo que la puerta, habitualmente cerrada, se descorre por su propio peso, como si se aflojaran los invisibles muelles que la sujetan, y se abre sin que tengas que tomarte tú el trabajo de mover ni un dedo. Mira...

Puso el índice sobre cierta parte de la azul pared, allí donde el joven adivinaba que había uno de esos botoncitos, y un panel, silenciosamente, dejando salir por el hueco a medida que se elevaba una fortísima claridad encarnada muy molesta, subió como una persiana metálica y fue a formar parte, al parecer, del dintel de la puerta.

—Así, pues —dijo Phil Daywort, despectivo, sintiendo en la cara un extraño calor—, cualquiera que venga con amianto abre la puerta. ¡Vaya un invento!

—¡Por vida de la potencia enésima de un polinomio! —estalló mister Share, envuelto asimismo en el rojo resplandor—. ¡No, hombre, no! Cualquiera que venga, no. ¡Estaría bueno! Cierto es que el amianto actúa, pero para que haga de anulador de la radiactividad hay que someterlo previamente a un baño especial de negatones, que son, para que te enteres, los componentes de los átomos que tienen carga negativa.

Daywort, poseído de un desasosiego indefinible, que achacó a la vergüenza que le producía su supina ignorancia, murmuró incisivo:

—Usted le quita el puesto al profesor Tankard el día menos pensado. ¡Qué manera de saber!

Y al girar la cabeza hacia el pasillo para ver si el viejo decía algo, con la mitad de la cara roja y la otra mitad azul, se arrepintió a medias de haber dicho tal barbaridad, verdadero insulto para el simpático anciano, el cual, aparentando no haberle oído, haciendo un gesto de desagrado, empezó a mirar, con el cristal amarillo delante de los ojos, al interior de la roja habitación que había abierto.

Durante unos segundos permanecieron callados. Luego, mister Share, que a pesar de todo debía estar dispuesto a no interrumpir sus explicaciones, aunque fuese ahora con una brusquedad que no tenía por costumbre, tras haberse guardado el cristalito amarillo, indicó al muchacho, apuntando con la mano a un cilindro que estaba como empotrado en el suelo del cuarto:

—¡Mira, mequetrefe! ¡Eso es el ultragenerador de energía de la astronave!

Daywort, dominado por un brutal instinto que nunca sospechó tener, decidió a aproximarse al ultragenerador para observarlo de cerca, de un manotazo apartó de en medio al viejecito y dio un paso hacia adelante.

—¡¡Por vida del clorato potásico!! —gritó alarmado mister Share, agarrándole con sus débiles manos y tirando de él hacia el pasillo—. ¡¿Es que te has vuelto loco?! ¡Ahí no se puede entrar sin ir protegido por cristales amarillos!

Phil Daywort, irguiéndose en toda su estatura, inquirió con fiereza, mirando al anciano desde arriba:

—¡¿Por qué no se puede entrar, mister Sabelotodo?!

—¡Porque se nos destrozarían las conexiones cerebrales! —repuso mister Share, guardándose muy mucho de soltarle todavía—. ¡He abierto —agregó— únicamente para que lo vieras! ¡Pobre de ti si entraras según vas!

Y antes de que el intrigado joven se percatase de sus intenciones, le soltó y pulsó el puntito que debería cerrar la puerta, la cual, con sus características cualidades de velocidad y rapidez, se interpuso entre ellos y el recinto en una fracción de segundo.

—¡Uf! —suspiró Daywort, apoyándose en el tabique exterior del azul corredor circular—. ¡Qué sensación de descanso!

Después, con la tranquilidad que a sus nervios daba ya la coloración del pasillo, preguntó tímidamente:

—Si no se puede entrar ahí, ¿por qué no está ese maldito cuarto cerrado en lugar de pintado de rojo?

—Por eso precisamente —respondió mister Share con mucha calma también—. Para que no entre más que quien tenga absoluta necesidad de hacerlo, querido, y con las debidas precauciones además. Fue idea del profesor Tankard. «Share, me dijo un buen día, creo que hemos llegado a aislar convenientemente el corazón de las naves». Él llama corazón a los ultrageneradores ¿sabes? «¡Por vida de un átomo desintegrado!», exclamé yo cuando me enteré de su idea. «Así están abiertos, como si dijéramos, y, sin embargo, nadie se atrevería a permanecer en su interior sin los cristales amarillos...»

—Un instante —le interrumpió Phil Daywort—. ¿Qué misterio tienen los cristales amarillos?

—Misterio, ninguno —explicó el anciano como si fuera la cosa más natural del mundo—. Como todo el departamento de los ultrageneradores está pintado de rojo, al mirarlo a través de los cristales amarillos se ve anaranjado, color éste que, bien obliga a los nervios a estar en cierta tensión, predispone el ánimo a prestar la más exquisita atención que puedas suponer. ¿No ves que todo lo que hay dentro del cilindro que has observado es delicadísimo? Delicadísimo y peligroso, querido Phil. El menor descuido por parte del técnico que lo cuida, y conste que es un cuidado teórico nada más, originaría una catástrofe espantosa. ¿Te imaginas lo que son millones y millones de toneladas de nitroglicerina acumuladas?

—Hombre... —dudó el joven.

—Pues ríete de ellas —le dijo tajante mister Share.

Y le cogió cariñosamente del brazo y se lo llevó por el pasillo, diciéndole mientras andaban:

—¿Has oído hablar alguna vez de los fotones? ¡Qué potencia, querido Phil, qué potencia!

Como si se tratara de un monóculo, se puso en un ojo el cristalito amarillo, que se había guardado anteriormente en el bolsillo, y fue mirando por él.

—Tenemos que buscar un ascensor —continuó diciendo—. No te he enseñado aún ni la cúpula ni la sala de instrumentos, y tengo interés en que las veas antes de que nos vayamos. Son estupendas, inigualables, únicas. Nos han costado un triunfo, pero las hemos conseguido.

Deteniéndose en determinado lugar del corredor, idéntico que los demás, le avisó:

—Aquí es. Los ascensores tienen letras griegas. Éste es el alfa,

el que está más cerca de la puerta principal.

Phil Daywort se detuvo también y miró con curiosa expectación al sitio donde suponía debía encontrarse la cerradura automática.

—La puerta principal, la puerta principal... —exclamó mister Share con evidente entusiasmo—. A lo mejor tenemos tiempo de verla desde los televisores de la cocina. Está diseñada de la más fantástica manera que puedas hacerte idea. Parece de platillo volante de veras, conque no te digo más. «Profesor Tankard, le dije yo un día al jefe, ¿por qué no hacemos algo que dé a las astronaves aspecto ultraterrestre?» «¡Pero, hijo, me contestó, ¿aún le resulta poco?!» «No, no, repuse. No es que me resulte poco. Es que, digo yo, bien vendrían unas pinceladitas de fantasía... fantástica. He visto en un «film» un platillo volante que tiene una puerta principal la mar de extraordinaria. ¿Quiere que le diga cómo es?»

Mister Share se interrumpió, apretó el botoncito verde que debía estar viendo con ayuda del cristal en la superficie azul de la pared, y la entrada del ascensor alfa quedó al descubierto.

—Entra, entra —le invitó campechanamente a Daywort—. No tengas reparo, que los ascensores están pintados de gris. De ni fu ni fa, como si dijéramos —añadió.

Y en cuanto hubo entrado el joven, penetró él mismo y, hablando siempre puso el ascensor en marcha.

—«¿Cómo es esa puerta, Share?», me preguntó el profesor Tankard. Y yo se lo dije. «No se ve desde fuera, ni se sospecha su existencia siquiera, y luego, cuando se abre, se descorre en silencio una serie de chapas metálicas por las que, al fin, surge una rampa estrecha y larga, larga.» «¿Y a eso le llama “fantasía fantástica”, Share?», replicó él extrañado. Y agregó: «Ahí no hay nada de imaginación. Extraterrestres o no, y sin perjuicio de que se puedan construir otras más sencillas, las puertas, necesariamente, han de ser así a base de varias chapas o tabiques superpuestos. ¿No ve que las naves tienen que estar absolutamente aisladas del exterior? No se puede correr el riesgo de que pueda llegar a abrirse una rendija en sus estructuras. Si tal sucediera, el aire que lleváramos a bordo se saldría, y el vacío, el horrible vacío de allende la atmósfera, lo inundaría todo. Alguna puerta parecida a la del *film* tendremos que hacer nosotros, ya verá, y no precisamente por darle gusto a la fantasía.»

El ascensor se detuvo.

—Ya hemos llegado a la cúpula, querido —anunció el viejecito, al tiempo que se descorría el correspondiente tabique y salía por el

hueco alisándose el pelo—. Estamos en lo más alto de la astronave. Es una lástima que sea de noche; sino, en vez de la oscuridad, podrías ver a través de esos cristales un panorama estupendo.

Como las facetas de un brillante, aquella parte de la nave intersideral estaba cubierta por numerosas superficies como de cristal, unidas entre sí por aristas de luminoso *rafufri* blanco.

—Estupendo e insospechado —insistió mister Share—. Esto también tiene su intríngulis, no creas. Esos cristales son sistemas de lentes de 480 pulgadas. Para que lo entiendas, son como telescopios, pero sin esos tubos alargados que suelen tener. ¿Sabes a qué me refiero?

Phil Daywort, mediante enérgicos movimientos de cabeza, asintió en silencio.

De súbito, por fuera de la cúpula hubo unos extraños apelotonamientos de la oscuridad reinante, y a poco, donde sólo había tinieblas aparecieron unos cuantos puntos titilantes y grandes.

—¡Por vida de un trinomio de segundo grado! —saltó el anciano —. ¡Mira, querido, son las estrellas! ¿Ves qué grandes?

—¿Es que están quitando la lona del cobertizo? —quiso saber el muchacho, alarmado.

—Claro. Cada cosa se va preparando a su tiempo. Aún falta para la salida, pero tienen que venir a visitar las astronaves lo menos veinte periodistas que están pasando la noche en «Base Neptuno», y el profesor Tankard deseará comprobar el efecto que les produce esto de las lentes de aumento. Anda, vamos a la sala de instrumentos.

—¿El lugar donde está la palanca que pone en movimiento la nave?

—Que la pone en movimiento y que la para, porque también hace de freno. Tirón para atrás, avance; a la inversa, freno. Un nene podría manejarla. Seguro que te extraña tanta sencillez, porque la gente se imagina que estos aparatos tienen un gobierno complicadísimo. Pero la gente se equivoca en tantas cosas... Tú mismo, sin ir más lejos, ¿a que te crees que para ir a la Luna hay que subir y subir y subir?

—Hombre —dudó el joven—, como está arriba...

—¡Que te crees tú eso! Está arriba relativamente nada más. En el espacio, no sé si lo sabes, me temo que no, no hay ni arriba ni abajo. Es, para que lo entiendas, algo semejante a lo que pasa en la redondez de la Tierra. ¿Acaso los que habitan en el Polo Sur andan cabeza abajo?

—No —repuso sin tenerlas todas consigo Daywort—. Es decir, me parece que no.

—¡Claro que no, mequetrefe! —gruñó mister Share, acercándose al ascensor y metiéndose dentro—. Pues igual sucede en el Cosmos. Sales de la atracción de la Tierra y subes cabeza arriba, y después, cuando entras en la órbita de otro astro, en lugar de subir, bajas, pero cabeza arriba también. Es como si retrocedieras el camino que anduviste.

Phil Daywort, que no se cansaba de mirar a las estrellas a través de las lentes, por permanecer en la cúpula otro poco, inquirió, refiriéndose al manejo de la nave:

—¿Cómo se dan las vueltas con este artefacto? Tirón para atrás, avance; a la inversa, freno. Tiene que haber algo más que usted no me ha dicho.

—¡Por vida del campo gravitatorio terrestre! ¿Es que vas a confundir una astronave con tu camión? Aquí no es necesario dar ninguna vuelta. Desde antes de salir está exactamente calculado el punto de aterrizaje.

—Es todo tan increíble —musitó el muchacho, caminando hacia el ascensor—, que... que se me ha despertado el apetito. ¿Qué será?

—Es una manifestación nerviosa relativamente corriente, no te preocupes. Al profesar Splinter, que nos visitó el otro día, le sucedió tres cuartos de lo mismo.

Puso el ascensor en marcha y descendieron por el interior de la astronave.

—Vamos a la cocina y mataremos dos pájaros de un tiro. Mientras comes algo veremos en los televisores de allí la sala de instrumentos y la puerta principal. Y, si queda tiempo, los lanzadores de mensajes.

El ascensor se detuvo.

—Ya hemos llegado —dijo mister Share—. Estamos en la despensa. A la cocina —apuntó a una puerta, normal del umbral al dintel— se entra por ahí enfrente.

Penetraron en la despensa, reducida y blanquísima, tenía infinidad de cajoncitos cuadrados, con letras indicadoras del contenido de cada uno, adosados a dos de sus cuatro paredes, las cuales aparecían como cuadriculadas.

En las paredes libres de aquellos cajoncitos, que parecían gavetas, en una, que era donde estaba la puerta que había usado para entrar, se veía un gran reloj de esfera estrellada, y en la otra, sobre el dintel de la puerta de la cocina, había un rectángulo como

de cristal, que resultó ser una pantalla de televisión.

—¿Qué te parece? —abrió el anciano los brazos—. ¡Pues no hay aquí provisiones ni nada! Quince hombres, el doble de la tripulación, se podrían mantener durante más de cien años.

—Comerán menos que pulgas —pensó Daywort, a quien no había pasado desapercibida la extremada pequeñez de los cajoncitos. Pero habló en voz alta, leyendo las letras que tenía junto a su cabeza, rozando en el techo—: A, B, C, D, E, F... ¿Azúcar, bacalao, carne...?

—¡No, hombre, no! —le interrumpió mister Share—. ¡Son vitaminas! Vitamina A, vitamina B, etcétera, a dosis concentradísimas. No habría a bordo espacio suficiente para llevar carne y cosas de ésas.

El joven apuntó con el índice a cierta gaveta.

—No sabía yo que hubiese vitaminas W —se extrañó al ver tal letra.

—Pues la hay —aseveró el viejecito—. Es el factor de crecimiento de algunos animales. Porque has de saber que también, hay en la astronave un local destinado a animales Se han de realizar con ellos importantísimos experimentos. Tienen unas instalaciones maravillosas.

Mientras había ido hablando, mister Share había dado media vuelta a una ruedecilla que se encontraba en el marco de la puerta de la cocina, ruedecilla que debía tener algo que ver con la pantalla televisora, ya que ésta, iluminándose, encuadró enseguida una espléndida habitación, más propia, en opinión de Daywort al menos, para dejar satisfecho al más exigente miembro de la tripulación que para ser dedicada a albergar animales.

—¡Bonito local tienen, es cierto! —exclamó el muchacho, refiriéndose a los animales que estaba viendo en la pantalla—. Lo que no me explico es para qué pueden necesitar los coyotes un aparato de televisión y un sillón giratorio.

Mister Share, dando la espalda a la puerta de la cocina, se le plantó en jarras delante.

—¡Qué coyotes ni qué ocho cuartos! —dijo—. Son ratas y conejos y están en jaulitas.

—¿Entonces esos coyotes...? —Le señaló el joven la pantalla, en la que, efectivamente, se veían con absoluta claridad dos coyotes que rondaban de acá para allá olfateando numerosos aparatos de óptica y de cálculo.

—¡Por vida del volumen de la esfera! —se lamentó el anciano—. Hemos debido dejar la puerta del cobertizo abierta y se han colado

en la sala de instrumentos.

—Y todo por mi culpa.

—Nada de por tu culpa, querido. Son los imponderables. Anda, vamos a expulsarlos.

Pero antes de que ninguno de los dos hombres pudiese moverse, oyeron a uno de los animales de la pantalla proferir un grito como de mujer, y vieron cómo el otro, sentándose sobre sus cuartos traseros en el sillón giratorio, se ponía ante los ojos un cristal amarillo con una pata delantera y, con la otra, tiraba para atrás de una roja palanca.

—¡¡La palanca de despegue!! —gritó estentóreo mister Share, sintiendo que la astronave vibraba y cayéndose al suelo encima del muchacho—. ¡¡Es la palanca de despegue!!

Luego, cuando se levantaron, aunque ellos lo ignoraban, pese a haber transcurrido escasos segundos, estaban ya inconcebiblemente lejos de «Base Neptune» y de la Tierra.

—¡¡Los equipos, los equipos!! —se desgañitó el viejecito—. ¡¡Estamos subiendo!! ¡Departamento 2...! Consulta el plano...

Y ya fuese debido a la emoción de conocer que habían despegado, ya a causa de la tremenda velocidad que llevaban, el caso es que se desplomó a los pies de Phil Daywort, quien, aterrado, notó erizársele su rubio cabello en el cogote.

No era muy halagüeña que digamos su posición, desde luego.

Iba rumbo a la Luna en un vehículo que le era tan desconocido como la Luna misma, y llevaba como compañeros de viaje, además de a los dos coyotes, que como nosotros sabemos ocultaban debajo de sus peludas pieles a los pequeños seres de pálida epidermis, a mister Share, el amigo de su padre, que esto lo sabía Daywort muy bien era simplemente uno de los ordenanzas de «Base Neptune».

Temblando, temiendo encontrárselo muerto, se arrodilló junto al anciano y le llamó.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Las últimas páginas del diario del profesor Tankard

A

quí, sentado en la cúpula de la astronave, mientras aguardo ansioso ver dibujarse en el inmenso azul del espacio ese puntito, ese átomo que es, en resumen, la Tierra, escribiré las últimas páginas de éste, mi diario íntimo.

Las últimas páginas, antes de que lleguemos a nuestro querido planeta. ¡Hace tantos años terrestres que salimos de allí! ¿Cómo lo encontraremos?

Seguramente sus habitantes ni siquiera se acordarán ya de nosotros. ¡Es tan efímera la fama!

La única razón que me mueve a pergeñar estas páginas es la esperanza de hallar a alguien, entre mis coterráneos, con el grado de cultura necesario para darles crédito. Si no, no las escribiría. Pondría punto final a este diario detrás del último cálculo que hay, y en paz.

Sí, temo no ser comprendido. ¡Fue tan increíble todo lo que sucedió! Sin embargo, con toda sinceridad lo digo, los hechos sucedieron tal y como los voy a narrar.

Para dar una prueba patente de la honradez de mis intenciones, comenzaré por decir algo que, antes de la salida de la Tierra, me habría sonrojado confesar: No sé de dónde venimos.

Sospecho -sospecho nada más- que de algún recóndito planeta próximo a Sirio. Si fuese mi intención meterme en el terreno de las conjeturas, podría aventurar cualquier hipótesis, qué duda cabe, pero dar una respuesta categóricamente científica me resulta completamente imposible.

Hay que tener en cuenta que no puedo basarme más que en los cálculos que Wholesome y yo hemos ido realizando, a mano, con objeto de conocer el recorrido.

Copia de todos, como puede verse, llenan el resto de las hojas de este diario.

Se me preguntará por qué motivo no hemos empleado las calculadoras en vez de tomarnos el agotador trabajo de realizar tan numerosas operaciones a mano, y voy a contestar: Porque la materia grasa que lubrifica sus mecanismos, y otro tanto sucede con los cerebros electrónicos, esos «ayudantes» que supusimos

idóneos, parece haberse secado, por cuya causa, entre trepidaciones y chirridos como quejas, arrojan soluciones absurdas.

Mas dejemos estos detalles técnicos y pasemos sin más preámbulos a consignar por orden cronológico, paso a paso, todos los sucesos en los que participé.

Quiero en estas horas que me he impuesto de voluntario sacrificio, dejar escrito cuanto ocurrió en «Base Neptune» desde que abandoné el salón, dejando a Wholesome con los periodistas, hasta este preciso momento.

Recuerdo que estaba muy cansado. La jornada había sido durísima y era muy tarde ya. Tenía sueño, pero creí preferible no acostarme en la cama. Faltaban total un par de horas para la salida y yo sabía que no iba a tener tiempo de dormir todo lo que necesitaba.

Me senté en una butaca del dormitorio y me quité los zapatos. Tuve intención de ir a buscar las zapatillas, pero desistí. Estaban debajo de la cama, y si me hubiese acercado quizá no habría podido resistir la tentación de echarme en ella.

Conque me quedé descalzo. Con objeto de distraerme con algo la imaginación, alargué la mano y cogí un libro de la mesita que había a mi lado.

Leí. Nunca, ni en aquellos momentos siquiera, he sabido ni el título del libro ni de lo que trataba. Era un libro, tenía letras impresas y yo las juntaba maquinalmente en palabras y frases, y eso me bastaba. No me importaba lo que dijese. Mi intención era vencer el sueño.

Pero fue el sueño quien acabó por vencerme a mí. Me despertó el libro, con razón le había encomendado la tarea de mantenerme despierto, con el ruido que hizo al caérseme de la mano e ir a chocar contra el suelo de mi habitación.

Asustado, con la impresión de que libro era de cristal y se había roto al caer, me agaché con la sana intención de recoger los pedazos para no clavármelos en los pies.

Con la consiguiente sorpresa por mi parte, puesto que aún debía estar medio dormido, me di cuenta de que las hojas eran de papel. E instantáneamente volví a la realidad.

Sin embargo, aunque en mi fuero interno quise convencerme de que había soñado, no pude quitarme la idea de que acababa de oír ruido de cristales rotos.

Y diciéndome que debía haber sido en el salón, cuyo tabique es una de las paredes de mi cuarto, decidí calzarme y marchar de nuevo con Wholesome y los de la Prensa, anticipar la hora de la

visita de éstos a las astronaves e invitarlos en cualquiera de ellas a tomar unas copas.

Bostecé ampliamente después de ponerme los zapatos, me desperecé a mi gusto y salí del dormitorio.

Como he dicho más arriba, éste y el salón son contiguos. No tuve, pues, más que andar unos pasos y me encontré delante de la puerta del último.

Llamé; me acuerdo muy bien de que llamé lo menos cuatro veces, pero como nadie respondiese opté por entrar.

Comprendo que en circunstancias normales no habría hecho semejante cosa. Lo más probable es que me hubiese marchado y hubiera vuelto a insistir pasado un rato.

Pero el ruido del cristal roto me tenía preocupado. Tan preocupado que empujé la puerta del salón.

Ante el cuadro que allí se ofreció a mi vista me quedé parado en el umbral. No supe qué hacer, si llamar a los ordenanzas pidiendo socorro de viva voz, o si pulsar el timbre de alarma.

No hice nada de eso, sin embargo. Recuerdo que apreté fuertemente el tirador de la puerta, que aún conservaba agarrado, y me tranquilicé en el acto.

Fue como si de repente dejara de resultarme anormal el que Wholesome estuviera caído en el suelo; como si no tuviese nada de extraordinario el que mister Thereby, un periodista muy rubio que había estado sentado en el brazo de la butaca de miss Bray, la bella enviada del *«Star Magazine»*, estuviese asimismo caído; como si fuera lógico que el resto de los periodistas se hubiesen dormido en respectivos asientos.

Porque parecían dormir. De no haber sido por las circunstancias de que Wholesome y mister Thereby estaban en el santo suelo, dormidos como lirones hubiera dicho yo que estaban todos.

Sin embargo, no se escuchaba el murmullo de ninguna respiración. El salón estaba como vacío, como si la vida hubiese huido de él.

Acudí a ayudar a levantarse a Wholesome. Sonreí mientras me acercaba a él. El muchacho se iba a impresionar al verme a su lado.

—¡Vamos Wholesome! —susurré en su oído, dándole al tiempo unos golpecitos en la cabeza—. ¿Se imagina lo que va a suceder si le sacan una fotografía en esta postura?

Mi ayudante no me contestó. Pensando que podía haberse puesto enfermo, le tomé el pulso.

Y entonces me dio un vuelco el corazón. ¡No tenía el pulso! Como es natural, seguidamente le ausculté el corazón. Y una nueva

y desagradable conclusión vino a unirse a la anterior: ¡El corazón de Wholesome no latía! ¡Y, para colmo, no respiraba!

Me puse en pie de un salto y me lancé hacia mister Thereby, que era el que más cerca me quedaba.

No soy médico, pero conozco de sobra cuándo el organismo humano ha paralizado sus funciones. Por lo tanto, afirmo rotundamente que mister Thereby tampoco respiraba, ni su pulso latía, ni se apreciaban al oído los latidos de su corazón.

Por otro lado, aunque no estaba rígido, lo noté frío, helado, y con la cara cubierta por una palidez marmórea.

Una sospecha acudió a mi mente. Thereby era extraordinariamente rubio, y, por ende, extraordinariamente blanco. ¿No sería aquello que a mí se me antojaba palidez la pigmentación habitual de su piel?

Para salir de dudas, recorrí con la vista la estancia y busqué entre los periodistas uno que fuera lo más moreno posible.

Me fijé en mister Yolke, embutido su grueso cuerpo en un butacón y con su calva cabeza inclinada sobre el pecho, sentado en un ángulo del salón.

Acudí allí presuroso, tocando al pasar la cara de cuantas personas pude, a todas las cuales noté frías en sumo grado, y le sometí a un somero reconocimiento.

¡No había duda! Presentaba idénticos síntomas que los que yo había recién apreciado en Wholesome y en mister Thereby.

Me enderecé y fijé anonadado los ojos en la pared. Y entonces me llevé una sorpresa, pequeña en comparación con lo que seguidamente sobrevino.

¡Noté que mister Yolke me daba un manotazo, como para que me quitara de delante, y escuché la tranquila y reposada voz de Wholesome!

¡¡Y cuando me volví como una flecha, además de ver a mi ayudante en pie, mister Thereby estaba sentado en el brazo de la butaca de miss Bray y nadie parecía dormir ya!!

Fue un cambio radical de la escena. En un minuto, que era aproximadamente el tiempo que había transcurrido desde que yo entrara y reconociera ligeramente a Wholesome, mister Thereby y mister Yolke, el salón que, como ya he dicho, parecía vacío, cobró de repente vida en todo el sentido de la palabra.

Ahora que lo pienso, a pesar de que el factor tiempo en este caso concreto carece de importancia, manifestaré una cosa: Puede que no fuera un minuto el que transcurrió mientras yo llevaba a cabo las maniobras citadas. Quizá fue uno y medio o, todo lo más,

dos. Pero, desde luego, a cinco no llegaron ni con mucho.

Tampoco recuerdo al pie de la letra lo que Wholesome decía, y también es un detalle insignificante, que no creo ha de impedir al lector seguir el hilo del relato.

Me parece que fue esto lo que dijo, como si continuara una frase que anteriormente hubiera estado diciendo:

—... y puedan ser localizadas. Cuando giremos visita a las astronaves, les entregaré uno a cada uno de ustedes. Como ven...

Miró el mismo a la cajita donde solía guardar una colección de visores complementarios, y se interrumpió bruscamente al hallarla vacía por completo.

—¿Se han esfumado? —preguntó muy extrañado—. Estaban... estaban aquí.

Mister Curtain, ese reportero dichoso, se levantó de un salto, se acercó a él y le arrebató la cajita de las manos.

—¿Está seguro de que eran cristales? —inquirió.

—Naturalmente —repuso Wholesome, a quien no le gusta que ni en broma se pongan en tela de juicio sus palabras—. ¿Insinúa que he querido engañarles?

—No, no —denegó el periodista, devolviéndole la cajita—. Perdóneme, pero he supuesto que en vez de cristales fuera cera, y que se hubiera derretido.

—No diga cosas raras —replicó mi ayudante, que estaba perplejo todavía—. La cera es cera y el cristal, cristal.

Yo me había situado al lado de mister Yolke, pegado a la pared del salón para dejarle ver, y éste, dándome unos golpecitos en la cadera, murmuró:

—Es el más hábil juego de manos que he visto en mi vida. ¿Te has fijado cómo se ha apoderado del cristal?

Y levantó la cabeza para mirarme.

—¡Pero, chicos! —gritó a pleno pulmón—. ¡Miren quién hay aquí a mi lado!

Y aquella veintena de periodistas de todo el país, y Wholesome con ellos, como si ninguno se acordara en absoluto de lo inusitado de lo que a ellos les acababa de suceder, exclamaron a coro:

—¡Se ha filtrado por el muro!

Se referían a mí, claro. Y yo, un poco azorado por la insistencia de sus miradas, avancé hacia la mesa pensando cómo debía encauzar el asunto para hacerles comprender lo ocurrido.

Mas no tuve ocasión de hablar. Miss Bray, justo en el momento que yo llegaba a su altura, señalando el brazo de su compañero de asiento, habló algo que acalló los murmullos que se escuchaban en

el salón, relacionados con lo que se suponía mi misteriosa aparición entre sus cuatro paredes:

—¡Tienes una mancha que parece la huella del pie de un niño pequeño!

Y se puso en pie, no sé si alarmada o asombrada, porque como pude comprobar, mister Thereby tenía, en efecto, una señal muy semejante a la que dejaría un piecito que tuviese la planta algo húmeda.

Estaba la huella perfectamente marcada en la tela del traje claro que vestía el periodista rubio. Quise observarla con cierto detenimiento y tiré hacia mí de la manga de la americana, que era donde estaba, a la altura del codo.

Apenas pude fijarme en otra cosa que en su tamaño -como de niño de dos o tres años- porque se esfumó, en un abrir y cerrar de ojos, sin dejar el más leve rastro.

Por último, cuando alguien hizo un comentario jocoso, oímos todos el característico zumbido de los propulsores cohetes de despegue de las astronaves.

No sé Wholesome, no se lo he preguntado, pero yo supe enseguida que, en contra de lo que los periodistas gritaron, no eran las dos naves las que despegaban, sino una sola.

Atropelladamente, aun a sabiendas de que iban a contravenir las severas órdenes que yo había dado unas horas antes, se lanzaron en dirección a la ventana decididos a abrirla para poder mirar al exterior.

Entonces fue cuando se descubrió un hecho que nos dejó a todos con un palmo de boca. La persiana estaba completamente subida, cosa que no se advertía desde dentro del salón por causa de la oscuridad de fuera, y, además, uno de los dos grandes cristales que tenían los postigos había desaparecido de su lugar.

Casi en el acto fueron pisados los trozos en el suelo y nadie se preocupó más que de asomarse a la ventana para ver cómo ascendía la astronave.

Wholesome y yo, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo de antemano, nos fuimos a todo correr del salón. Debimos tener igual pensamiento. Si por algún ignorado fenómeno en una de las astronaves se había dilatado la ranura de la palanca que hace actuar el sistema de cohetes propulsores iniciales, era más que probable que en la otra estuviese a punto de acontecer tres cuartos de lo mismo.

Bien pronto, empero, nos dieron la noticia. Fue Alfred, ese atlético californiano que cuida de la verja, que ahuyenta a los

coyotes y que vive pendiente de lo que pueda ocurrir, el que nos informó:

—¡Van dos hombres a bordo! —nos gritó cuando aún resultaba casi imposible oír lo que decía—. ¡Mister Share y Robetson Trust Shoe!

Dios me perdone, pero las palabras de Alfred me quitaron un peso de encima. Sin pensar en más, me dije que era un consuelo saber que no se debía aquella inopinada marcha a ningún fallo de nuestros aparatos de seguridad.

Luego, como un chispazo, brotó en mi cerebro la diabólica tentación de dejar a los causantes de tamaño desaguisado abandonados a su suerte.

Por fortuna, el sentido de la responsabilidad y la razón se impusieron automáticamente. Yo no podía condenar a aquellos dos seres humanos a morir absorbidos por el vacío.

Ni por una, ni por mil astronaves que se hubieran llevado consigo. No. Mi deber era ir en su busca y devolverlos sanos y salvos a la Tierra. La justicia se encargaría de darles su merecido. Yo no era quién para tomarme la justicia por mi mano.

Conque dispuse que la partida de la nave del cobertizo número dos se adelantase. Y así se hizo. No sé si alguno de los miembros de mi elegida tripulación acogería con disgusto mi orden, pero lo que sí sé es que los hombres de Wholesome -de pelo en pecho todos ellos- tenían en los ojos algo que parecían lágrimas cuando les comuniqué la noticia de que no podrían acompañarnos.

No hay que extrañar tal debilidad. ¡Esperaban con tanta ansia la emocionante empresa que les había de convertir en poco menos que superhombres! ¡Surcar el Cosmos con velocidad de luz! ¡Ahí es nada!

La nave estaba dispuesta y no hubo de esperar... Penetrado que hubo el último de los tripulantes por la puerta de la T, nos pusimos los equipos aisladores y nos hicimos al espacio.

Ya no estaba preocupado por la suerte que podría correr mister Share -del para mí desconocido Trust Shoe no me preocupé hasta mucho más tarde. Yo sabía que la nave que le llevaba a la Luna había de seguir idéntico derrotero que la nuestra y sabía que en el circo de Tycho Brahe, más tarde o más temprano, acabaríamos por encontrarla.

Por otra parte, ni yo ni nadie desconocíamos lo meticuloso que el provecto mister Share era en todas sus cosas, y, visto cómo se fijaba en lo que hacía -y sobre todo en lo que hacían los demás- confiábamos en que, además de ser capaz de reconocer el cráter

lunar citado, llegado el momento tendría la serenidad precisa para tirar de la palanca de la sala de instrumentos.

Algo había en mi ánimo, sin embargo, que no me dejaba tranquilo. El vago temor de que el anciano no iba a poder resistir los efectos fisiológicos producidos por la formidable aceleración de la astronave, ni siquiera con los equipos de navegación o con las cámaras aisladas de que podía disponer.

Y esta incertidumbre, por más que cada cual quisiera opinar en contra de mi pensamiento -quién sabe si para desviar el suyo propio- me sumió en una zozobra que me tenía en vilo.

Cuando avanzábamos ya por una zona del cielo que jamás había sido explorada ni tan siquiera por proyectiles-sonda, estando yo sentado en el mismo lugar que ahora ocupo, en la cúpula, resguardado de los rayos solares que incidían sobre la nave por los diafragmas absorbentes de las enormes lentes de 480 pulgadas, vi con infinita sorpresa que una sombra se interponía entre la luz y la insignificante abertura que Wholesome había dejado en uno de los citados diafragmas.

Debíamos haber atraído algún cuerpo extraño que se encontrara dentro de nuestro campo gravitatorio.

Podía ser un peligro. Por estar sobre las lentes, sin ningún género de dudas, nos dificultaría la visión. Ya lo estaba haciendo, desde luego, pero podía tratarse no más que de una mota de residuo sideral, que de no mayor diámetro era la abertura del diafragma.

Con la esperanza de que así fuera, decidido a juzgar su tamaño con exactitud -cosa necesaria para saber qué remolcador habría que dar orden de que se le adaptara- abrí poco a poco el diafragma que estaba obturado.

»Y a medida que iba abriendo, iba aumentando mi asombro. Porque según pude comprobar, aquella cosa, fuera lo que fuera, ocupaba toda una lente cuando menos.

Entonces mandé que salieran con un remolcador de cinco propulsores como mínimo. Y mientras Wholesome y dos miembros de la tripulación se preparaban, telefoneé al departamento de radar preguntando cómo era que no se me había informado a su debido tiempo.

En el acto se justificaron. Sin poner en duda lo que yo les había comunicado, manifestaron muy diplomáticamente que sus aparatos detectores no señalaban, ni dentro ni fuera de la astronave, nada de particular.

No había, pues, vuelta de hoja. Lo que quiera que hubiese sobre

la parte externa de la cúpula pertenecía a la astronave.

Conociendo la imposibilidad de que se hubiese desprendido alguna porción de diafragma o de juntura de lentes, en el preciso instante en que se me daba la noticia de que Wholesome y los dos tripulantes salían, ordené que cada hombre me mandase su posición.

Todos, hasta Wholesome mismo, obedecieron instantáneamente. Cada uno en su puesto, ninguno había tenido la ocurrencia -inocente ocurrencia, desde luego- de marcharse hasta la cúpula sin pedirme permiso.

Haciéndome cruces, con la estupefacción que se puede suponer, concluí que no podía ser más que una cosa el obstáculo que existía sobre la lente.

CAPÍTULO II

Un mensaje-proyectil

S

í, me refiero a un polizón. Por inconcebible que pareciera, alguien se había introducido en la astronave, aprovechándose de las circunstancias que habían concurrido en «Base Neptune», y allí estaba todavía.

Y no a disgusto, por cierto. Por lo menos había sido lo suficientemente listo para esconderse hasta entonces, cosa que a mi entender se habrá guardado muy mucho de hacer si su estancia entre nosotros no hubiera sido voluntaria.

Si su presencia a bordo se debiera a un accidente imprevisto -reflexioné esperando con impaciencia el regreso de Wholesome a la puerta del ascensor estanco- hubiese puesto el grito en el cielo al darse cuenta de dónde estaba.

Diciéndome que debía estar al tanto de numerosos secretos científicos de los que encerraba la nave intersideral, y haciendo cábalas sobre quién podría ser, ni siquiera me acordé de ponerme en contacto por radio con Wholesome.

Pero no hacía maldita la falta. Mis dudas no iban a durar apenas.

A poco, descorriéndose silenciosamente la puerta del ascensor, aparecieron ante mí cuatro hombres aislados con los trajes de vuelo de goma súper-recauchutadas y amianto.

Aunque en la Tierra no logré fijarme en el detalle, seguramente porque allí conocía siempre a los que practicaban con los mentados equipos -o puede que porque no precisaba conocer a ciencia cierta quién era quién- ahora noté que los aisladores eran exactamente iguales.

No podía adivinarse, vistos a través de los dos amarillos visores que cada uno llevaba a la altura de los ojos, qué persona era la que iba en su interior.

Y juzgar por la estatura tampoco era posible. Los altos coturnos o zapatones, de más de una cuarta de grosor sus respectivas suelas, imposibilitaban de todo reconocimiento.

Salvo que uno de ellos traía en la mano un tomavistas, en todo lo demás aquellos cuatro hombres tenían idéntico aspecto.

Era como si fueran enmascarados: no se les veía otra cosa que los ojos y, naturalmente, con la falsa coloración que les daban los visores complementarios.

El primero en despojarse del equipo fue Wholesome.

—¿A que no sabe quién es? —me preguntó.

Y me alegro de no haber tenido que darle respuesta, porque verdaderamente no tenía ni idea.

Era Curtain, el periodista que formaba parte de la concurrencia del salón de «Base Neptune».

Como es natural, en cuanto le eché la vista encima vinieron a mi memoria las palabras que me dijera el grueso mister Yolke:

—Es el más hábil juego de manos que he visto en mi vida. ¿Te has fijado cómo se ha apoderado del cristal?

Yo no había visto nada, no hace falta decirlo, que no estaba en aquellos momentos para juegos de manos, pero ahora sí que vi.

Y el posible misterio de cómo el reportero se encontraba entre nosotros dejó de serlo.

Apoderándose de algún visor que quedara en la cajita de Wholesome, adosado a una de las paredes laterales, sin duda, y conociendo como conocía los secretos de la nave, no sólo se había apropiado de un aislador, sino que, valiéndose precisamente de que con él nadie podía conocerle, debía haber estado entrando y saliendo a su antojo de todas las dependencias.

He ahí por qué traía el tomavistas.

Si bien con la firme determinación de no llegar a mayores, decidí meterle el resuello en el cuerpo.

Sin contestarle siquiera, pese a que me espetó muy sonriente:

—¿Qué hay que decir, buenos días o buenas tardes?

Puse un gesto lo más adusto posible y ordené que me lo llevaran a la cúpula «bien sujeto».

Los dos hombres de la tripulación que estaban con nosotros, Tracy y Luller, me parece que se llaman, extrañados de que hubiese recalcado lo de bien sujeto, me miraron irresolutos.

—Sí, sí —repetí—. Han oído bien.

Y seguido de Wholesome, me dirigí al ascensor.

—¡Arrea! —oí chillar a mister Curtain, que seguramente no se esperaba tampoco mi reacción—. ¡Igual me manda colgar del palo mayor!

Miré a Wholesome y le vi sonreír en silencio. El sentido del humor del periodista, al comparar la astronave con un barco, le había hecho gracia.

Y a mí también me la hizo, lo confieso, pero no quise dejarlo translucir y me encaré con Curtain con cara de pocos amigos.

—No se haga ilusiones —le dije—. Aunque no haya palo mayor, puedo mandar que lo cuelguen.

Curtain parpadeó. No sé si llegó a darse cuenta o no de que yo hablaba en broma, mas lo cierto es que su voz temblaba ligeramente cuando me respondió, tratando siempre de quitarle importancia al asunto:

—Po... podría fregar el pasillo de *rafufri* o, ya que aquí no hay patatas que pelar, dedicarme a abrir las ampollas de las vitaminas.

Hice parar el ascensor en la sala de instrumentos y, mientras Wholesome y yo nos quedábamos en ella, di, a mis hombres la orden de que subieran a la cúpula y me esperasen.

Antes de tomar determinación alguna, quería cambiar impresiones con mi ayudante.

—¿Qué hacía sobre las lentes? —le pregunté a Wholesome, refiriéndome al periodista.

—Estaba tranquilamente sentado tomando vistas con el aparato que tenía.

—¿Qué opina usted que hagamos? Hasta que no entremos en la órbita de la Luna no hay problema, ¿pero y luego, cuando su peso pueda influir en el desplazamiento de la astronave?

Wholesome se rascó el cogote.

—Me temo —repuso por fin— que nos va a costar una calculadora o un cerebro electrónico.

No nos dijimos más. No era necesario. Ambos comprendíamos que entre mister Curtain y las calculadoras o los cerebros electrónicos, puestos a elegir, no había duda.

Con ayuda de un remolcador arrastraríamos lejos de nuestro campo de atracción el peso que el periodista tuviera. Más valía conservarle a él por muy necesarios que aquellos aparatos nos fueran.

Cogimos otra vez el ascensor y nos fuimos a la cúpula. Lo primero que Curtain me dijo, casi antes de que la puerta se hubiera descorrido en su totalidad fue esto:

—Si ha decidido dejarme en una isla desierta, capitán, le agradecería...

No le dejé terminar.

—¡Silencio! —le interrumpí—. No siga haciéndose el gracioso. Nos ha creado usted un problema con el que no contábamos y no es éste el momento de bromear. Además —añadí—, sepa que se está jugando el pellejo.

Tragó saliva y me miró como tratando de descubrir mis pensamientos. Miró luego a Wholesome y éste, tal vez para no reírse, desvió la vista y se puso a observar con mucho interés los negros diafragmas absorbentes del techo.

—Nunca pude suponer que iban a tomarlo así —musitó antes de que yo le volviese a interrumpir.

—¿Cómo suponía que íbamos a tomarlo? —le lancé las palabras a la cara—. ¿Creía acaso que íbamos a dar una fiesta en su honor al descubrirle? Debió pensar que su peso influiría en la buena marcha de la astronave.

—Lo siento —repuso seriamente—. No pensé más que en la oportunidad de lograr un reportaje maravilloso. Les aseguro que de haber sabido esto que acaba usted de decirme, mejor dicho, de haber caído en la cuenta, porque no lo ignoraba, a estas horas estaría camino de la Redacción.

Wholesome dio un respingo y me miró. Y también yo le miré a él, pero ninguno de los dos dijimos lo que pensábamos. Que Curtain estaba en la creencia de que nuestra velocidad no era la que habíamos revelado en «Base Neptune».

Recuerdo que protestó un poco cuando afirmé en aquella reunión que gracias a los fotones, llevaríamos una velocidad de 259.000 kilómetros por segundo.

—¡Por segundo! —había repetido como un eco—. ¡Casi como la luz! Señores —se había puesto en pie y dirigido a sus compañeros de prensa—, si lo que acabo de oír no viniese de labios del profesor Tankard, me reiría a carcajadas.

—Tenga presente —había replicado yo mientras él se dejaba caer con desmayado gesto en su butaca— que es de la luz misma de donde pensamos sacar la energía que ha de impulsarnos.

Y después de no reducida explicación, aún agregué, con toda la buena fe del mundo, dispuesto a que no le quedara ninguna duda al respecto:

—No olviden que el residuo que dejan los fotones al ser desintegrados en los ultrageneradores, es prácticamente nulo, motivo por el cual es íntegramente aprovechada la energía resultante.

Ahora, con sus palabras de excusa, mister Curtain me había demostrado que no adelanté nada con mi extensa explicación y que no le convencí de la realidad.

No le saqué de su error, sin embargo. Estimé una crueldad innecesaria aumentar la preocupación que debía sentir en aquellos momentos, ya que mis hombres no le soltaban y yo estaba muy serio, y le dije con un tono de perdonavidas imponente:

—Como su acción no puede quedar impune y ni el profesor Wholesome ni yo habíamos previsto el caso de tener que habérnoslas con un polizón, piense usted mismo el castigo que

desea que le impongamos.

De no haber sido porque entonces mismo me comunicaron del departamento de radar que un objeto, a todas luces un mensaje-proyectil atómico, estaba siendo englobando por la atracción de la astronave, no sé lo que Curtain hubiese contestado.

Pero así, como él también escuchó el aviso que saltó de uno de los altavoces de la cúpula, propuso:

—Deseo que me impongan el castigo de que sea yo quien vaya a buscar ese mensaje.

—¡Vaya un castigo! —me reí—. Caminar por el fuselaje de la nave, aunque a usted le haya podido parecer otra cosa, no es un castigo, sino un premio.

—Cierto —asintió—. Jamás soñé tanta grandeza, tan desmesurada profundidad, tan insospechado horizonte.

Wholesome y yo le miramos interrogadores, sin saber dónde quería ir a parar, y terminó:

—Es un verdadero premio salir al exterior cuando se puede caminar, ha dicho usted muy bien, capitán, pero resulta... resulta que yo me he torcido un pie al sacarme uno de esos malditos zapatones de los equipos, y apenas puedo dar un paso.

Sin dejar transparentar la menor emoción, con lo que vulgarmente se llama cara de «poker», hice que Luller le descalzara y me acerqué a reconocerle el pie.

En efecto, no nos había engañado, tenía un derrame sinovial a la altura del tobillo y debía estar sufriendo agudos dolores.

—No le conviene andar —le recomendé—. Habrá que vendarle ese pie para que el derrame se reabsorba.

—¡Ya sé que no me conviene andar! —gritó con los dientes apretados a causa del daño que le produje al tocarle la parte enferma—. ¿No quería usted un castigo? Pues ya lo tiene. ¿O es que le parece pequeño?

No supe qué contestar. Dejarle salir con el pie según lo tenía, no me parecía prudente.

—Si le parece pequeño —siguió él—, puede mandar que uno de sus hombres se suba sobre mis hombros. Así me dolerá más todavía.

—¡Contacto! —avisaron del departamento de radar. Y a continuación, el lugar de la astronave donde había quedado el proyectil atómico del mensaje.

Curtain se soltó de Tracy, que aún le tenía agarrado de un brazo, y caminó un par de pasos sin cojear.

—¿Ve? —me señaló el edema—. La inflamación no ha de

aumentar aunque haga algo más de ejercicio. Yo sé que cualquiera de ustedes podría salir a buscar ese mensaje pero, ¿qué castigo habría para mí entonces?

Con un estoicismo admirable, sentándose en un taburete, procedió él mismo a ponerse el calcetín y el zapato.

Miré mientras tanto a Wholesome para pedirle silenciosamente su opinión, mas se hizo el distraído y se puso como a silbar con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—¿Qué decide, capitán? —quiso saber mister Curtain, que ya había dado fin a lo que estaba haciendo—. Caso de que no lo apruebe, convenga al menos en que es un castigo original.

—Está bien —consentí—. Vaya a buscar el mensaje. Pero tenga en cuenta una cosa que le voy a decir. Como me vuelva a llamar capitán, le encierro en el departamento rojo del ultragenerador.

—¡Con cristal amarillo! —saltó él.

—Sin cristal amarillo —prometí yo.

—¡Pues no se hable más ca... digo, profesor Tankard. No tengo maldita la gana de perder la razón.

Echó a andar hacia el ascensor y, como si se olvidara de algo, al llegar a la puerta se volvió hacia nosotros:

—¿Les he dado las gracias por su amable acogida? —nos preguntó sonriente, cogiéndose de los brazos de Tracy y de Luller.

—Váyase de una vez —le ordené—. Necesitamos que el mensaje esté aquí enseguida.

—Gracias —murmuró cuando la puerta del ascensor se cerraba.

—Resiste el dolor como un indio ¿verdad? —me dijo Wholesome admirado—. No ha sido flaco el castigo que se ha impuesto.

—En efecto —afirmé—. Nunca le hubiese creído capaz de tanto. Le supuse un aguafiestas.

Wholesome hizo un gesto como queriendo decir: «No sabe usted bien», y me explicó cómo le había estado acribillando a preguntas en el salón de «Base Neptune».

—Debía suponer que me haría contradecir. ¡Qué manera de apretar! Le aseguro que tiraba con honda.

—Objetivo —avisaron desde el departamento de radar—, a veinte minutos.

—Mientras hace usted las anotaciones pertinentes en el cuaderno de bitácora —le dije a mi ayudante—, bajaré a buscar a Curtain. Quiero enterarme sin dilación de lo que mister Share nos dice en el mensaje.

Y me fui de nuevo al recinto donde termina su recorrido el

ascensor estanco.

—He aquí —me decía mientras esperaba— que mister Share se va a hacer el hombre del día cuando regresemos a la Tierra. Bueno, mister Share y ese joven que le acompaña.

No sé, no sé... Hasta es posible que no haya tribunal que los condene por haberse llevado la astronave. Otra cosa sería si fracasaran. ¡Ah, entonces!

Y se me quedó colgado del cerebro el mal pensamiento de que les podía pasar «algo». Algo no bueno, naturalmente.

Debo recordar que estoy escribiendo en este diario con absoluta sinceridad. Por eso he escrito lo de más arriba. Y por eso voy a escribir lo que sigue: Estaba muy lejos de mi ánimo el causarles yo mismo ningún mal; asimismo tampoco me pasó siquiera por la imaginación el ordenar a mis hombres que se lo hicieran.

No. El «algo» tenía que ser ajeno a mí y debía provenir de la fatalidad, o de la casualidad, o del azar.

Curtain estaba subiendo. No tardó casi nada a descorrerse el tabique del ascensor, con lo que me quedé a tres pasos escasos del periodista.

Aterrado, di un grito. ¡Curtain, en lugar de traer el mensaje-proyectil en el recipiente especial que le habían facilitado para depositarlo, todavía bajo los efectos del *rafufri* azul del pasillo, venía jugueteando tranquilamente con él!

Con el recipiente a sus pies, se pasaba de una a otra mano el atómico mensaje que, lanzado desde la otra nave por medio de un lanzaproyectiles había venido al encuentro de la nuestra.

»Pese a la espantosa radiactividad que emanaba, el reportero jugaba con él como si fuese una pelota. Él no tenía nada que temer, claro está, pero yo, que no estaba protegido por mi equipo de vuelo, sí, y mucho.

Por eso grité.

Curtain, que no podía oírme porque se hallaba metido en la escafandra, debió extrañarse sobremanera al verme manotear ridículamente para indicarle de manera comprensible que dejase de hacer tonterías y que guardase de una vez el mensaje en la caja.

Al fin abrió los brazos, se encogió de hombros como para decirme que el caso no era para tanto, y me obedeció.

No esperé a más. Nunca recuerdo haber actuado con prisa tan febril. Salté hacia el recipiente, me apoderé de él y salí de allí como alma que lleva el diablo.

Vaya ahora como disculpa, si es que por ventura Curtain llegase a leerme -cosa que no creo suceda, que estas páginas no van

dedicadas a nadie de la astronave- que el tiempo era un factor decisivo para mí.

Entré directamente en la cámara de «negatones» abrí el recipiente del mensaje-proyectil y lo dejé sobre la rampa que lo conduciría a la sala de instrumentos una vez que los Geiger indicasen que se le había anulado la radiactividad. Luego hice surgir los «negatones».

El proyectil atómico no estuvo casi nada conmigo, tal fue la potencia anuladora. En breve, funcionando la escalerilla automática, se elevó por el techo de la cámara y traspasó la escotilla.

Por mi parte, cuando el contagio radiactivo que había adquirido por culpa de mister Curtain hubo desaparecido, abandoné también la cámara de «negatones» y me dirigí igualmente en el ascensor a la sala de instrumentos.

Wholesome acudió a mi encuentro y me tendió una copia del mensaje de mister Share. Es decir, del que yo supuse pertenecía a mister Share.

—Han puesto una carga tremenda en el lanzador —me dijo mi ayudante— y el mensaje se ha destruido en parte. No sé si podremos sacar algo en limpio. He procurado sustituir con rayitas los trozos de palabras que faltan. Vea, cada rayita corresponde a una letra.

El papelito decía exactamente esto -puedo escribirlo con toda exactitud porque lo conservo entre las hojas de este diario:

No dejen de seguir ----- por el amor de Dios. No finalizamos la ru ----- en la Luna. Según ---- Share pasamos de largo sin dete ----. Llevamos coyotes a bord ----. Ellos hicieron actuar la palanca ro ----, no nosotros. Sálvennos. Son hombres que van en el inter ---- de las pieles. Pálidos, espantosos, terri ----. Se han ence ---- en la sala de instrumen ----. Ellos nos conducen. Sígannos, por lo que más ----.Robetson Trust Shoe.

Llevaba razón Wholesome. Tampoco yo sabía si íbamos a poder sacar algo en limpio. Aun faltando los trozos de palabras que faltaban, había en aquel mensaje cosas incomprensibles.

Para mí -y supongo que para mi ayudante también, y hasta para mister Curtain, que estaba lapicero en ristre rehaciendo el mensaje- no había gran problema en cuanto a lo que se refería a su reconstrucción.

—No dejen de seguir... nos, por el amor de Dios —leí en voz alta —. No finalizamos la ru... ta en la Luna. Según... mister Share pasamos de largo sin dete... nernos. Llevamos coyotes a bord... o. Ellos hicieron actuar la palanca ro... ja, no nosotros. Sálvennos. Son

hombres que van en el inte... rior de las pieles. Pálidos, espantosos, terri... bles. Se han ence... rrado en la sala de instrumen... tos. Ellos nos conducen. Sígannos, por lo que más... quieran. Robetson Trust Shoe.

—Este Robetson Trust Shoe es el nombre del joven que nos dijo Alfred en «Base Neptune» —me recordó Wholesome—. Mister Share no debe encontrarse todo lo bien que sería de desear.

—¿Qué opina usted de lo que ha leído, profesor? —me preguntó Curtain, que jamás se olvidaba de la misión informativa que tenía en la Tierra.

—Mientras no haya escuchado el mensaje —dije prudentemente—, me reservo mi opinión.

Y me acerqué al magnetófono donde estaba la cinta que había impresionado aquel Trust Shoe en su astronave. Mejor dicho, en mi astronave, pero a la sazón era mucho más suya que mía.

Bueno, suponiendo que no fuese cierto eso de los hombres que iban en el interior de las pieles de los coyotes, porque en ese caso ellos debían ser los que disponían de mi nave intersideral.

Wholesome, mientras preparaba los dispositivos del magnetófono, me explicó:

—Hemos medido la longitud que normalmente tienen las cintas de los mensajes, y luego, de acuerdo con la huella que cada sílaba deja en ellas, hemos comprobado que coincide con el resultado que habíamos obtenido de oído.

—Buen trabajo —le felicité—. Y rápido.

—Si hemos de tomar una determinación antes de llegar al cráter de Tycho Brahe —contestó—, no hay tiempo que perder.

—Objetivo —nos comunicaron los del radar— a diez minutos.

—Escuche —me dijo Wholesome.

Y puso en marcha el magnetófono.

CAPÍTULO III

¡DEMASIADO LEJOS!

La voz que salió del aparato, sin ningún género de dudas, era la de un hombre asustado.

Había en su acento tal sinceridad, que cuando acabé de oírle ya había tomado la misma determinación que mi ayudante: No aterrizar en la Luna.

No podíamos dejar que aquellos dos hombres se perdieran para siempre. Nosotros, que teníamos el honor de desbrozar las azules sendas del Cosmos y de penetrar en el arcano del infinito, no permitiríamos que se anularan.

Recuerdo que aún no había tenido tiempo ni de sentarme en el sillón giratorio, cuando del departamento del radar nos llegó la información que menos podíamos esperar: Otro proyectil se acercaba con otro mensaje.

Di orden de que se estuviese esperando con todo preparado para su recepción inmediata, y mandé igualmente a Curtain a pesarse en la báscula de precisión que, como es sabido, acusa millonésimas de miligramo.

Tanto si el nuevo mensaje confirmaba el anterior como si no, debíamos desalojar la astronave de un peso igual al del reportero.

Previendo el caso que se nos estaba presentando, es decir, de tener que variar la derrota, había en la nave un complejísimo sistema de timones que, precisamente por la dificultad de su manejo -la nave no estaba destinada a ir en zigzag- Wholesome y yo habíamos acordado mantener en secreto.

Ésta es la razón de que no nos extrañó demasiado lo que nos decían en el mensaje, o sea, que la astronave que nos precedía hubiese podido realmente pasar de largo sobre la Luna.

Aunque en páginas anteriores tengo idea de haberlo dicho ya, repetiré ahora que suponía a mister Share -que andaba siempre de un lado para otro fijándose en todo- tan al corriente de lo que había en la nave como Wholesome y como yo.

También debo confesar que en mi fuero interno no descarté la posibilidad de la existencia real de aquellos fantásticos hombres que Robetson Trust Shoe decía iban en el interior de las pieles de los coyotes.

Me di cuenta de que, caso de existir realmente, aquellos hombres tenían que ser muy pequeños.

Tan pequeños, por ejemplo, como el que había pisado la americana de mister Thereby.

Porque si tenían los pies proporcionales a la estatura que les di -sin olvidar que «cabían» dentro de las pieles de los coyotes- sus huellas vendrían a ser como la que miss Bray descubrió en el brazo de su compañero.

Había en mí un sombrío presentimiento. Ya se comprenderá que de otra manera no hubiese tenido en cuenta para nada a los hombres «pálidos, espantosos y terribles», que decía la cinta magnetofónica, por mucho que la voz afirmase que se habían encerrado en la sala de instrumentos de la nave intersideral.

De no haber acaecido en «Base Neptune» lo que ya he dejado apuntado, me habría limitado a sospechar que mister Share o Trust Shoe, o quizá ambos, habían perdido el juicio.

O en el mejor de los casos, que sus absurdas manifestaciones eran una no menos absurda forma de justificar, ya que no su robo deliberado, la imprudencia que había traído consigo el que mi astronave despegase.

Para Wholesome y para mí -nos habíamos ido al recinto del ultragenerador y trabajábamos a la par- verificar los cambios precisos en los conductores de energía no tuvo ninguna dificultad.

Tanto él como yo, tenemos un conocimiento claro y exacto de cómo debemos hacerlo y casi hasta sin los vidrios amarillos, con los ojos- cerrados simplemente, pese a los enormes peligros que entraña, podríamos variar el rumbo cuantas veces fuera preciso.

No obstante, cuando ya subíamos en el ascensor, Wholesome sudaba por cada pelo una gota. Y yo también.

Habíamos tenido que permanecer durante dos largos minutos completa y totalmente concentrados en lo que hacíamos.

—Es listo mister Share —dijo mi ayudante al llegar a la sala de instrumentos, dejándose caer como derrengado en una butaca—. Ha sido capaz de dar con la solución de lo que usted y yo suponíamos era un secreto exclusivamente nuestro.

No quise hablarle a Wholesome de la posible participación de los hombres pequeños. ¿Para qué? Seguramente se habría encogido de hombros molesto.

Yo, que ahora me pongo en su caso, si me hubiesen dicho de buenas a primeras que unos individuos que se ocultaban con pieles de coyotes iban a poder intervenir en la variación de la derrota de la astronave, hubiera hecho igual.

En la mesa que estaba en comunicación con la cámara de «negatones», convenientemente anulada su radiactividad ya, nos

esperaba el recipiente que contenía el nuevo mensaje-proyectil.

Me hice cargo de él y saqué la cinta magnetofónica que contenía.

—Esperemos que no hayan, puesto en el cañón atómico una carga tan extraordinaria como la del otro —murmuré.

Mis deseos se vieron cumplidos. Aquél traía la cinta en perfectas condiciones.

Puse en marcha el magnetófono y nos dispusimos a escuchar.

—*¡¡Siempre hacia Sirio!!* —oímos decir rápidamente a la misma angustiada voz de antes—. *¡¡Sálvennos!! Niños u hombres, la pareja de seres que nos llevan...*

No presté atención a lo demás que decía. Me bastaba con lo escuchado: «Niños u hombres...»

Fuesen quienquiera que fuesen, aquellos seres tenían que haber participado en los sucesos de «Base Neptune».

No estaba yo equivocado, pues. Aun sin conocerlos a fondo, ya sabían a quién achacárselos.

—Objetivo —avisaron con voz indiferente del departamento de radar— a cinco minutos.

No podíamos perder tiempo. El circo de Tycho Brahe se nos echaría encima si no nos apresurábamos a pulsar los resortes necesarios para cambiar el rumbo desde la sala de instrumentos.

La dirección ya la teníamos: «Siempre hacia Sirio».

Conque coincidiendo con la entrada en la sala de mister Curtain, que venía, cojeando, de pesarse, varié el derrotero de la nave y la orienté hacia la nombrada estrella.

—Ya hemos lanzado al vacío dos máquinas electrónicas con un remolcador de seis propulsores —manifestó el periodista, sentándose en la butaca que mejor le acomodó—. Han hecho ustedes conmigo —agregó con agradecida entonación— algo que nunca pude imaginar: Han cambiado mi vida por un cerebro electrónico y por una calculadora. Creo que no valgo tanto. Gracias.

No le contestamos. Estoy seguro de Wholesome también le oyó, pero nos hicimos los sordos y permanecimos en nuestros puestos sin abrir la boca para nada.

—Objetivo —avisaron como con extrañeza los del radar— a trescientos un segundo.

—¡Caracoles! —exclamó Curtain—. ¡Trescientos un segundo, y antes estábamos a...!

Se interrumpió, movió de un lado para otro la cabeza, y prosiguió luego:

—Bueno, es que trescientos un segundo son cinco minutos y un

segundo ¿no es eso?

—Así es —le contestó Wholesome, verdadero especialista de cálculo mental.

—¿Se puede saber por qué nos retrasamos en lugar de adelantar? —quiso saber el periodista.

—No nos retrasamos, mister Curtain —tercié yo—. Es que ya no vamos al circo de Tycho Brahe.

—¿Entonces...? —me interrogó él con ese tono que le obliga a uno a explicarse aun sin querer.

—Ahora vamos detrás de la nave del cobertizo número uno —le dije—. Mister Share, en el mensaje recién recibido, nos ha comunicado que ha habido variación en el rumbo.

—Espero que merezca la pena el cambio. ¿Cuál es la meta? ¿El cráter de Ptolomeo, el mar de los Vapores, o el de la Tranquilidad?

—No vamos ya a la Luna —habló muy despacio Wholesome—. Al menos, por ahora.

Mister Curtain no se inmutó. Debía importarle muy poco la Luna.

—¿Volvemos a... casa? —nos preguntó mirándonos con ansiedad.

No -estuve absolutamente seguro- a mister Curtain no le importaba la Luna. Dejándose llevar por su subconsciente, preguntaba lo que en realidad estaba deseando: ¡Volver a la Tierra!

—No volvemos a la Tierra —le dije.

Y pasé seguidamente a ponerle al tanto de nuestras intenciones de rescatar del vacío a los dos indefensos seres que habían despegado de «Base Neptune» con la astronave.

—Supongo —repuso él, como dándolo por sentado— que habremos aumentado la velocidad y que no tardaremos a alcanzarlos.

—No es posible —rezongó Wholesome.

—¿Qué es lo que no es posible? —le espetó el periodista, echándose hacia delante.

—Ni una cosa ni otra, mister Curtain —volví a terciar yo—: Ni aumentar la velocidad ni alcanzarlos en movimiento.

—¡Hombre! —saltó él, rebulléndose intranquilo en su asiento—. No sé por qué.

—Las dos naves —le expliqué— llevan exactamente la misma aceleración.

—Conque —adujo Wholesome—, a no ser que la que seguimos se detenga en alguna parte, por más que nos esforzáramos, aunque la persiguiéramos eternamente, no será posible alcanzarla.

—¡¿Y dicen que tampoco es posible aumentar nuestra

velocidad?! —levantó los brazos por encima de la cabeza.

—Tampoco, mister Curtain —repuse yo—. Créalo usted o no, lo que les dije en «Base Neptune» es cierto: Nuestra velocidad tope son doscientos cincuenta y nueve mil kilómetros por segundo, y a razón de ellos nos desplazarnos.

—¡Por segundo! —repitió igual que hiciera en el salón, cuando estaba rodeado de sus compañeros de Prensa—. ¡Casi como la luz!

Y como entonces también se puso en pie. Pero como ahora apenas podía tenerse derecho a causa del dolor que le producía el derrame del tobillo, que ya llevaba convenientemente vendado, se volvió a sentar inmediatamente.

—En efecto, mister Curtain —remaché para que no le quedaran más dudas—: 259.000 kilómetros por segundo. Como muy bien acaba usted de decir, casi como la luz. «Casi» —recalqué—. Gracias a ese «casi» —seguí diciendo—, no sé si «gracias» o «por culpa» de ese poquito que falta, no somos instantáneos como la luz misma.

Me estaba mirando con los ojos desmesuradamente abiertos y supuse estaba pensando que me había vuelto loco.

No me extraña. ¡Es tan difícil comprender lo que nuestra velocidad significa! Tengo la esperanza -repito lo que al principio- de que en estos años haya surgido en la Tierra alguien capacitado para hacerse cargo.

Mister Curtain quiso rebatir mis palabras con argumentos y se expresó así:

—Pasemos porque no haya error en esa exorbitante cifra que usted me ha dado, pasemos porque vayamos realmente a esos 259.000 kilómetros por segundo... Yo pregunto: ¿Quieren decirme cómo es que la nave la resiste?

Enseguida me di cuenta de por dónde iba.

—Mire —le recordé—, me parece haber hablado en «Base Neptune» de la ampliación de las órbitas de los átomos; de que de este modo, hemos logrado anular el intensísimo calor que originaría el frotamiento; y de que todo ello ha sido posible gracias a las radiaciones de fuego frío.

—¿Es que toda la astronave está hecha a base de *rafufri*? —inquirió algo más calmado.

—Así es. Coloreada o no, toda su estructura está construida con lo mismo.

—Comprendo que hubiese sido un lamentable error por parte de ustedes desperdiciar un descubrimiento tan maravilloso. ¡Pero es tan increíble, tan increíble...!

—Y que lo diga, mister Curtain —asintió Wholesome—. Mas en todas las épocas todos los descubrimientos han resultado increíbles. Y todos han parecido ser el «RIEN NE VA PLUS», el límite de lo que se podía hallar. Desde el gramófono hasta la televisión, desde la rueda hasta esta nave interastral.

Recuerdo que después del discursito de mi ayudante nos quedamos en silencio hasta que Curtain, a quien se le había descompuesto el reloj, nos preguntó ingenuamente:

—¿Cuánto hace que salimos de «Base Neptune»?

Nada, como quien pregunta en un tren a qué hora fue la salida de la estación anterior.

Wholesome, al oírle, sonrió.

—Pues verá usted, mister Curtain —dije yo, tratando de suavizar dentro de lo posible la noticia que le iba a dar—. Para nosotros, hace que despegamos de «Base Neptune», cincuenta y ocho minutos y doce segundos justos.

—Eso es lo que yo había calculado. Alrededor de una hora.

Me daba lástima mister Curtain. Sentado como estaba en la butaca de la sala de instrumentos, con su vendado pie apoyado en el travesaño de un taburete, parecía un niño que hubiese sufrido un accidente por causa de sus travesuras.

Un niño, sí. Un ser incapaz de llegar al fondo en cuestiones científicas de la envergadura de la que había propuesto sin siquiera notarlo.

Sin embargo -justo es escribirlo en su honor- cuando yo iba a continuar hablando, se me adelantó.

—¡Un momento, un momento! —gritó, rebuscándose en los bolsillos.

No dije nada, claro está. Esperé a ver qué era lo que tenía que decir él con tanta urgencia.

Y no me hizo aguardar. En breve, tras haber sacado a la luz un montón de arrugadas cuartillas, parte de las cuales se le cayeron al suelo, enarbolando una de las que le quedaban en la mano, dijo:

—A ver cómo me explican ustedes esto. Son declaraciones del profesor Wholesome —advirtió—. Según en esta cuartilla tengo escrito, la distancia que para arribar al circo o cráter de Tycho Brahe tenían ustedes que recorrer, era de «menos» de 407.424 kilómetros. ¿Recuerda haberlo dicho? —le preguntó a bocajarro a mi ayudante.

—Sí, repuso éste.

—¿Está seguro de que no hubo ningún error y de que su afirmación es cierta? —insistió Curtain.

—¡Naturalmente! —se puso encarnado Wholesome—. Ni hubo error ni mi afirmación era falsa.

—¡Entonces —gritó triunfalmente el reportero—, si había que recorrer 407,424 km y los hemos cubierto a razón de 259.000 por segundo, ¿cómo es que hemos tardado cincuenta y ocho minutos en lugar de un segundo y pico? ¡Y hay que tener en cuenta que todavía no estamos en el circo de Tycho Brahe!

Me quedé helado. Mister Curtain tenía una agilidad mental que nunca le hubiese atribuido.

—Mire, mister Curtain —le dije suavemente—. Todo estriba en la relatividad del tiempo, de la masa de nuestra nave y de la distancia. No sé si lo comprenderá, supongo que en líneas generales sí. Escuche: si viajáramos a la velocidad de la luz, es decir, a razón de 299.000’88 kilómetros por segundo, dejando aparte el que, como es fácil ver, nuestra velocidad inicial fue cero, lo cual significa un notable retardo, el tiempo invertido sería quizá ese segundo y pico que usted ha dicho. Pero como no vamos a la velocidad de la luz, sino que la velocidad límite de la astronave es algo menor, el tiempo que invertimos en los recorridos aumenta.

Y ya, con objeto de quitarle de una vez para siempre cierta sonrisa irónica que tenía en los labios -inequívoca señal de que no aceptaba la tremenda verdad de lo que le estaba diciendo- no pude por menos que preguntarle:

—¿Sabe usted cuánto tiempo hace para los terrestres que salimos de «Base Neptune»?

—Minuto arriba o abajo —repuso como si la cosa se cayera de su peso—, una hora.

Meneé la cabeza.

—No, señor —negué.

—Seis meses —le dijo de sopetón Wholesome.

Mister Curtain se volvió hacia él con marcada intención de preguntarle algo, pero yo no le di tiempo.

—Sí, mister Curtain —repetí para llamar su atención—, seis meses. Nosotros vamos a una velocidad que se acerca mucho a la instantánea de la luz, pero que, con ser tan grande, no la alcanza. Sin embargo, tal es, nos permite cubrir distancias en tiempos que los relojes de la Tierra no podrían medir. En tiempos «cero» para ellos. Si el suyo no se hubiera descompuesto o lleváramos en la nave otro de similares características, de tener puntos de referencia próximos, veríamos que las saetas no se movían mientras nosotros nos desplazamos.

Y añadí, sonriendo yo ahora:

—Para no extenderme demasiado, sepa que en la astronave es una hora y en la Tierra otra muy distinta; que nosotros, a causa de la velocidad que nos anima, acortamos las distancias y alargamos los tiempos. Los alargamos, no lo olvide, refiriéndonos a la Tierra. Yo le aseguro —terminé— que mientras aquí ha transcurrido escasamente una hora, en nuestro planeta han pasado seis largos meses.

—¡Ciento ochenta días! —exclamó como si hubiera visto aparecer un fantasma en uno de los televisores.

—4.320 horas —puso Wholesome punto final a aquella charla con su habitual facilidad para el cálculo mental.

Desde entonces, siempre con el mismo tono de espanto y de desesperación, nos fueron llegando unos tras otros una multitud de mensajes atómicos.

Estaba visto que tanto mister Share como aquel para mí desconocido Robetson Trust Shoe -que era quien firmaba, como si dijéramos- no lo pasaban muy bien en mi nave.

No dejaba nunca de citar a los coyotes -como tales animales unas veces y como horribles hombrecillos medio desnudos otras- y tampoco dejaba de gritar con aterrorizado acento que por nada del mundo desistiéramos de ir en su ayuda.

En uno de los mensajes nos informó que aunque él no entendía en absoluto de Medicina, ya que su profesión era la de chofer del «Robetson Trust Shoe» -precisamente la compañía de Elko (Nevada) a la que encargué la confección de los equipos de vuelo- en su opinión, mister Share estaba gravemente enfermo.

Gracias puede dar a estas horas mister Share a los lanzadores de mensajes, esos cañones atómicos de gran calibre y enorme alcance, cuyos proyectiles radiactivos, como ya debe ser en la Tierra sabido, incluyen un diminuto depósito donde se aloja la cinta magnetofónica que luego -como he consignado, tras haber sido englobados por los campos gravitatorios de las astronaves, ora por una, ora por otra, después de recogidos de los fuselajes respectivos y sometidos a los correspondientes baños de *negatones* anuladores de radiactividad- iban siendo escuchadas en los magnetófonos de a bordo.

De no haber sido por los lanzadores de mensajes, digo, es muy posible que el anciano hubiese muerto.

Mensaje va y mensaje viene, diagnosticada que fue la dolencia que aquejaba por el doctor Device, se dieron a Trust Shoe minuciosas instrucciones para que lo metiera en un pulmón de acero y le cuidara hasta que llegáramos a donde quiera que fuese.

Pasadas cuatro horas más, Wholesome y yo empezamos a preocuparnos seriamente.

Cuatro horas de las de la nave, no habría hecho falta ni decirlo.

¡En la Tierra habían transcurrido veinticuatro meses! ¡Dos años y nosotros, sin tener ni noción de cuándo acabaría aquello, seguíamos navegando vacío adelante!

Nuestro propósito de recuperar la nave intersideral era firmísimo. No por ella misma, sino por los dos hombres que iban en el interior. Mas somos humanos y nos aterraba pensar que podíamos llegar demasiado lejos.

No demasiado lejos como para que luego no pudiéramos tornar; en tanto el ultragenerador disponga de *fotones* que pueda transformar en energía, no hay peligro; demasiado lejos en el sentido de que podría suceder que volviéramos demasiado tarde.

—Estando como estaba el mundo cuando lo dejamos —dijo muy atinadamente Wholesome—, batallando todos sus habitantes para perfeccionar las armas atómicas, está dentro de lo probable que lo hayan hecho saltar en pedazos. ¡¿Qué sería de nosotros entonces?!

—Tendríamos que ir a ver si hay «habitantes» en Marte —contestó riéndose Curtain.

—¡Demasiado lejos! —exclamó rotundamente mi ayudante—. ¡Estamos llegando demasiado lejos!

Y se fue al pasillo de *rafufri* azul a tranquilizarse.

Es inútil que pretenda describir la monotonía del viaje. A las doce horas estábamos hartos de ver la inmensidad azul o negra del vacío en las pantallas de los televisores y hasta en la cónica estructura del exterior de la astronave.

A las quince horas, cuando también yo me llevaba las manos a la cabeza cada vez que pensaba en lo que iba a ser de nosotros, recibimos un mensaje del espantado Trust Shoe -Phil Daywort había dicho anteriormente llamarse, pero seguíamos diciéndole Robetson Trust Shoe; un mensaje en el que con entrecortadas frases -yo me lo imaginé sudando a mares al hablar- nos decía que estaban cayendo en un astro que él no conocía ni remotamente y que no podía preguntar a mister Share su opinión porque el viejecito había perdido el conocimiento.

Febrilmente, por medio de cálculos no demasiado complicados puesto que conocíamos el rumbo y la velocidad de la nave, tratamos de localizarlo nosotros en nuestros mapas, pero fue en vano.

Comprobamos que la materia grasa de los cerebros electrónicos

y de las calculadoras se había como secado y no pudimos sacar en limpio más que los garabatos de números que solemos hacer Wholesome y yo.

Ya no volvió Trust Shoe a mandar más mensajes. No teníamos más remedio que confiar en que el rumbo que nos habían indicado fuese correcto.

En otros casos, todos lo sabíamos, podíamos despedirnos para siempre de encontrarlos.

Pasaban los minutos. Olvidándonos de las terribles circunstancias que concurrían, en nuestra propia situación -ya que los cerebros y las calculadoras no respondían, como he dicho- estuvimos pendientes del radar.

Por fin, tras otras trece mortales horas, un diminuto punto de luz que había como colgado en el vacío comenzó a agrandarse.

¡Estaba precisamente en la dirección que llevábamos! ¡Si el anciano mister Share y su acompañante no se habían equivocado al darnos el rumbo -siempre hacia Sirio- allí terminarían nuestros temores!

Nuestros temores que habían adquirido proporciones extraordinarias.

Nos encontrábamos a veintiocho horas de la Tierra. ¡A veintiocho horas, que se dice pronto! ¡Y en la Tierra habían transcurrido catorce años mientras tanto! ¡Catorce años! El tiempo que tarda la luz para llegar de Sirio a la Tierra.

¡Catorce años terrestres que a nosotros se nos convertían en veintiocho, porque habríamos de emplear otros catorce para regresar!

¡Veintiocho años de ausencia! ¡Y eso suponiendo que las cosas fueran bien, que si no...!

En fin, se me ha ido un poco el santo al cielo y he olvidado decir que bastó que los encargados del radar nos avisasen que había «algo» para que nos lanzáramos a la parte superior de la nave intersideral, y que estuviéramos en la cúpula, mirando a través de las lentes de 480 pulgadas, desde bastante antes de que el cuerpo celeste hacia el que nos dirigíamos fuese visible.

No sé quién de los tres -mister Curtain, Wholesome o yo- fue el primero en distinguirlo, como ya he dicho, como colgado en el vacío.

Pero excuso decir que dada la voz de alarma, nos lo comimos con los ojos.

Era todo él de un color marfileño, como óseo, y carecía de vegetación. Había en su escabrosa superficie una altísima montaña,

cuya cima, aplastada, sobresalía de todas las que la circundaban y era muy semejante a una rótula.

Puede que se deba al parecido que con ese hueso de la rodilla tenía, el que me haya venido a la imaginación lo del color óseo que he escrito más arriba.

Sin llegar ni mucho menos a la altura de aquella altísima elevación del terreno, cuando nos faltarían unas setecientas millas o así, vimos ya algo que nos dejó perplejos. Una visión verdaderamente dantesca. ¡Cuatro hombres llevaban a hombros la nave del cobertizo número uno como si fuera un extraño ataúd!

Por lo menos, si terrestres no eran aquellos hombres -que nosotros supiéramos sólo debía haber dos allí- vestidos iban todos cuatro con sendos equipos aisladores.

Estaban completamente inmóviles y sus zapatos de gruesa suela se apoyaban en el rocoso suelo de la cúspide de la montaña aplastada.

—¡Son negros! —gritó mister Curtain cuando estuvimos algo más cerca.

Lo parecían, en efecto. Por los pequeños huecos que dejaban los visores complementarios de los ojos, sin que el color amarillo de los vidrios lograra ocultarlo del todo, se veían unos rostros como negros.

Otro hombre -éste sí que se movía ¡y cómo!- agitando los brazos con frenéticos ademanes de entusiasmo, saltaba y corría de acá para allá como un loco.

Bien pronto, salido que hubimos de la nave que nos había llevado, estuvimos con él. Era -según nos informó por el radioteléfono- Robetson Trust Shoe, o Phil Daywort, o como se nos antojara llamarlo.

Tenía su equipo aislador cubierto de cruces de esparadrapo y de parches superpuestos, y otro tanto sucedía con los equipos de los hombres que llevaban la astronave a hombros.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó Curtain dispuesto a interrogarle sin darle tiempo ni para respirar.

—Que la goma súper-recauchutada se rompe a cada momento y la tengo que ir remendando.

Abrió la diestra y nos mostró un rollo de esparadrapo.

—Es el quinto que gasto en los tres meses que llevo aquí.

—¿Quiénes son esos negros? —siguió interrogándole Curtain con ayuda del radioteléfono, haciendo con la mano un gesto para señalar a los que en su opinión estaban sosteniendo mi nave interastral.

—¡Qué negros ni qué niño muerto! —oímos Wholesome y yo contestar—. ¡Por vida de un *protón*! ¿No ve que son cuatro equipos aisladores vacíos, pero con las escafandras llenas de café?

Y aquel hombre, cuya voz me era tan conocida, mientras mi tripulación acondicionaba la nave y el doctor Device pasaba a su interior para reconocer a mister Share, nos refirió su historia.

Una rara historia -que no voy a repetir porque todo el interés que tiene es puramente personal- en la que se mezclaban el terror y el asombro de un hombre fuerte, con temperamento de luchador, que consiguió sobreponerse a todo y salir triunfante en un inesperado viaje que -como él dijo- «me parece mentira».

—A los pocos días de llegar —terminó, sin ocultar la desmesurada alegría que estaba sintiendo—, la astronave, que de momento se había quedado pegada al suelo, como la de ustedes ahora, empezó a elevarse milímetro a milímetro.

No dudé que el joven nos estaba diciendo la verdad. Debo confesar, no obstante, que desconozco a qué causa pudo deberse fenómeno tal. Y eso que posteriormente he pensado sobre ello.

Mas lo cierto es que la nave -lo repito- no estaba en contacto con las rocas.

—Me percaté —prosiguió diciendo el muchacho, siempre por el radioteléfono— de que si aquello continuaba así me iba a elevar aun con los reactores de despegue parados, y de que ustedes, por muy buena intención que en sus mensajes habían mostrado, no podrían encontrarnos jamás.

Se detuvo y escuchamos un amplio suspiro en nuestros respectivos auriculares.

—Conque me puse a pensar cómo me las arreglaría para sujetar la nave. Naturalmente, lo primero que intenté fue hacer hoyos en el suelo para clavar en ellos estacas y amarrarla con cables, pero fracasé.

Abrió los brazos como para disculparse y su silueta, extraordinaria ya de por sí, adquirió el aspecto de una flecha que apuntara al inmenso vacío negro que teníamos sobre nuestras cabezas.

—Un día me fijé en que los equipos aisladores, quizá debido a estos zapatones que tienen, sí que se mantenían en contacto con las rocas, y entonces me decidí a disponerlos de la manera que ven. Y para que se mantuviesen en postura vertical, les llené las escafandras con café.

—¿Por qué precisamente con café? —quiso saber mister Curtain, que estaba mirando con los ojos muy abiertos a los visores

complementarios—. ¿Hay algún motivo especial?

El joven con una inflexión de voz que me recordó a mister Share, replicó:

—¡Por vida de un eje delantero! ¡No sé por qué ha de haber ningún motivo especial! Recordé sencillamente que mister Share había dicho en «Base Neptune» que el café estaba en el departamento 17, y eso es todo. ¡No iba a tratar de aumentar el peso a base de vitaminas! Sin café podríamos pasarnos.

—¿Le ayudó mister Share a hacer este trabajo, mister Trust Shoe? —dijo el periodista, asombrado de la actividad que había sido necesario desplegar para sacar al exterior los pesados equipos.

—¡Por vida de una llave inglesa! —gritó ásperamente el interpelado—. ¿Cómo podía ayudarme, si apenas le quedan fuerzas para hablar? Además —remachó—, cuando tuve que llevar a cabo todo esto, ya estaba él en el pulmón de acero.

—¿Se ha aventurado a explorar algo de este astro? —le preguntó Wholesome.

—Sí, señor —asintió—. Antes de que notara que la astronave se iba elevando por sí sola. Después ya no me he atrevido a alejarme de aquí, temía que al volver de alguna de mis correrías pudiera encontrármela tan alta que no la alcanzara.

—¡Caracoles! —terció Curtain—. Ha trabajado como una hormiga, ha remendado los equipos y hasta ha explorado la región. Me da a la nariz que ha estado usted haciendo de Robinson, o de Robetson, ¿no se lo parece...?

A Phil Daywort ni le parecía ni le dejaba de parecer. Pero, eso sí, tomó muy a mal la broma del periodista y le dijo que él se limitaba a contar las cosas según y conforme habían acaecido, y que si no les quería dar crédito, que allá él.

Mister Curtain, pensando tal vez en lo mismo que mi ayudante y yo, no se tomó la molestia de replicar.

Había algo que el muchacho no había citado todavía. Los terribles hombrecillos pálidos, a los cuales, pese al miedo que en los mensajes había dicho tener, salvo una ligera alusión en el curso de su historia, no había aludido directamente.

Conque intervine para rogarle que nos dijera cuanto hubiese de cierto.

—Todo —contestó instantáneamente—, todo es cierto. Lo que les fui transmitiendo en los mensajes atómicos es la realidad. Estaban dentro de la nave.

—¿Dónde se han metido ahora? —inquirió Curtain, con quien no

servían vaguedades.

—Lo ignoro —nos comunicó el joven—. En cuanto llegamos aquí, salieron corriendo como alma que lleva el diablo y ya sólo los pude ver de lejos. Allí —se dio media vuelta y señaló el límite de la gran roca amarillenta sobre la cual estábamos— me aposté para ver a qué parte se dirigían. ¿Y saben dónde fueron?

No le contestó nadie. Ninguno de nosotros tenía ni noción del lugar a donde habrían ido.

—¡A un platillo volante! —exclamó él. Y repitió, sin duda para que le entendiéramos bien—: ¡A un platillo volante!

Luego siguió más sereno:

—Debía estar esperándoles aquí. Y debían tener prisa por llegar a alguna parte, porque en cuanto subieron a bordo salieron pitando y desaparecieron en el vacío.

—¿Qué rumbo tomaron? —le preguntó mi ayudante al joven.

—Siempre hacia Sirio —repuso éste. Y apuntó como temeroso a la brillante estrella, tan cerca de la cual habíamos llegado.

Preocupado al ver que el doctor Device no salía de visitar a mister Share, eché a andar en dirección a la astronave y todos me siguieron.

—¿Tiene usted alguna idea, profesor Tankard? —se dirigió a mí mister Curtain, a quien sólo faltaba una cuartilla y un lapicero para ser el perfecto periodista.

Sí. Yo tenía una idea. Una idea que resultaba descabellada si lo que acababa de contar Daywort era mentira, pero no así si era cierto, como él afirmaba.

No obstante, antes de dar contestación al reportero, preferí hacer una pregunta al muchacho:

—¿Se mantiene usted —le dije— en que no hay error por su parte al asegurar que la pareja de hombrecillos pálidos salieron con ustedes, de «Base Neptune»?

—¡Por vida de un faro piloto! —se sulfuró—. Metidos en las pieles de los coyotes, con nuestros propios ojos los vimos desde el televisor de la despensa tirar de la palanca de despegue, y luego, cuando fracasamos al intentar entrar en la sala de instrumentos y volvimos a verlos desde otro televisor, presenciamos el alucinante hecho de que se despojaran de las pieles como si tal cosa. ¡Y debajo... debajo estaban ellos!

Se había excitado hasta el extremo de que Wholesome, para apartarle de la mente aquel recuerdo, creyó conveniente reiterarme la pregunta que poco antes me había formulado el reportero, es decir, que si tenía alguna idea de qué podría haber pasado.

—En concreto —dudé—, no me es posible afirmar nada. Pero supongo que esos seres, procedentes evidentemente de otro planeta, habiendo llegado a la Tierra en algún artefacto, llámese platillo volante o no, y habiendo sufrido éste quién sabe qué avería, se valieron de mi nave para tornar a sus lares.

—¡Magnífica idea! —aprobó mister Curtain—. Pero para eso habría que estar bien seguros de que...

Y se detuvo.

—Así es —asintió Wholesome—. Para eso habría que estar bien seguros de que...

Y mi ayudante, con la duda de que lo manifestado por Trust Shoe fuese cierto, se interrumpió también.

—¡Por vida de un freno hidráulico! —chilló Phil Daywort al darse cuenta de ello—. ¡Pregunten a mister Share y verán qué es lo que les dice!

Como ya nos hallábamos junto a la puerta principal de la astronave, subimos la rampa y penetramos en el interior.

Mister Share, aunque estaba muy débil, confirmó cuanto el conductor del «Robetson Trust Shoe» nos había dicho. El anciano ignoraba de dónde habrían salido aquellos entes, pero, aun ignorando igualmente dónde se habían dirigido, nos dio a entender que Daywort, lejos de haber añadido alguna cosa por su cuenta, se había quedado muy corto en cuanto a los detalles que nos había comunicado.

Partimos de aquel astro enseguida. Mister Share estaba muy grave.

En la autorizadísima opinión del doctor, necesita ingresar en un Hospital «cuanto antes».

Cuanto antes... ¡Dios mío!

Nos estamos dando toda la prisa que podemos. En la Luna, donde ni siquiera nos hemos detenido, verificamos en los ultrageneradores de ambas naves los arreglos precisos para orientarlas hacia la Tierra.

¿Qué aspecto va a ofrecer la superficie de ésta a mi vista? ¿El de un informe montón de ruinas acaso?

Debo estar a punto de verlo. ¡Y lo deseo con tantas fuerzas!

Aunque sean veintiocho años después de nuestra partida, ¡falta sólo media hora para llegar!

FIN

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

80 -- *Gan-X* -- C. Aubrey Rice
81 -- *“Ellos” están aquí* -- George H. White
82 -- *El enigma del C.O.E.* -- Profesor Hasley
83 -- *La gran amenaza* -- Profesor Hasley
84 -- *Los mares vivientes de Venus* -- Karel Sterling
85 -- *¡Piedad para la Tierra!* -- George H. White
86 -- *Despertar en la Tierra* -- Larry Winters
87 -- *El mundo perdido* -- Larry Winters
88 -- *La sinfonía cósmica* -- Profesor Hasley
89 -- *El hombre de ayer* -- Profesor Hasley
90 -- *Lance King: Pionero del tiempo* -- Karel Sterling
91 -- *La muerte flota en el vacío* -- C. Aubrey Rice
92 -- *Cuarta dimensión* -- Profesor Hasley
93 -- *¡Luz sólida!* -- George H. White
94 -- *Hombres de titanio* -- George H. White
95 -- *¡Ha muerto el Sol!* -- George H. White
96 -- *Exilados de la Tierra* -- George H. White
97 -- *El imperio milenario* -- George H. White
98 -- *Topo-K* -- Profesor Hasley
99 -- *El fin de la Base Titán* -- Profesor Hasley

En un mundo ignoto e inquietante, el au nos hace vivir la más extraordinaria aventura junto a Clark Curtis, piloto de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas.

El argumento, pletórico de fantásticas descripciones unidas a datos científicos, nos hacen sentir el escalofrío de

LA AMENAZA TENEBROSA

No dejen de leer esta interesante obra del escritor

J. NEGRI O'HARA

Clark Curtis, joven piloto de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas, logra llegar hasta Kran, el planeta ignorado, consiguiendo descubrir los siniestros propósitos de los seres que lo habitan.

No deje de estar atento a la aparición de

LA AMENAZA TENEBROSA

la novela escrita no sólo para los jóvenes, sino para todo aquel que guste de los relatos fantásticos, por el novelista

J. NEGRI O'HARA

y cuyo título será aparecido en el próximo número de la colección

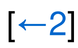
Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.

Notas

[←1]

Monopolio del Calzado Robetson.



Compañía de Aceite Industrial